

Índice de libros

Se cuenta todo, no todito. <i>El papa</i>	Pág. 5
La creación. <i>Açái</i>	Pág. 123
Alakhai Bekhi. <i>Açái</i>	Pág. 149

EL PAPA
SE
CUENTA
TUDO,
NO
TODITO

PALABRART

© 2022, Ismael Linares
Montevideo, Uruguay

1. No se puede ser raíz cuando se teme lo profundo

Cierto día, nuestros máximos laureles fueron sombras insondables.

2. Panadera

3. Sacapuntas

Mucho más que peticiones, Dios es verbo - como todo lo real.

4. Los hechos hablan por Jesús

5. La Guardia Suiza

Libertad, no contralor.

6. Amanecer, en ocasiones, significa lo contrario

7. Los leprosos

8. Con la noche, cierta clase de caminos se despejan

No te fies demasiado de la luz.

9. Entretelones

10. Descarados

La belleza no termina con la piel si finaliza con el rostro.

11. Dimensiones paralelas

Dios, primero, nos quitó conformidad y, de seguido, nos dio piernas.

12. Adopción

Hay menos ángeles sin padres que mayores sin pequeños.

13. Coreomagia

Con las yemas de varitas.

14. Cheguevara

15. Polofierno

Mucho más que feligreses, camaradas.

16. El único Dios verdadero

Big bang. Cimbronazo de ritmo. Cigüeña. Milagro. Juguetes de nuevo.

17. De tal palo, tal paliza

18. De regreso

Los humanos somos almas como todas, pero más aventureras.

19. Vaticano

20. Dios permite que se quejen los inválidos, tan sólo. Los demás, tenemos piernas

21. Pajarito con patatas

Si se trata de creyentes de verdad, los disolventes aglutinan.

22. Enviados

23. San Fermín

La contracara del amor, es la miopía.

24. La salud es onerosa

25. Peoría

26. Tan enfermos, en rigor, como quisieras denunciarnos. No dolientes

Para mucho pensador minimalista, las estrellas sólo son imperfecciones.

27. Con el alta por las nubes

¡No recéis con aydemies! ¡Hay poetas!

1

No se puede ser raíz cuando se teme lo profundo

Cierto día, nuestros máximos laureles fueron sombras insondables.

El murmullo de los árboles se siente por el rostro. No son voces ¡son caricias! y las ráfagas de viento zarandean como música. Las hojas se levantan de la tierra. Los espíritus ¡del lodo! Qué bellísima negrura: los oscuros nubarrones se pelean por el cielo -¡llueven hojas sobre mí!- discuten truenos, zanja rayos, parten todos los planetas en pedazos y, después, la gravedad los reconstruye. ¡Corro! ¡Corro! ¡Soy el ángel de la muerte! Marcaré las sepulturas a plumazos. Les daré repotenciadas oraciones: "Padre nuestro; si los hijos de los reyes tienen título de príncipes, nosotros, los de Dios, estamos todos al nivel de sus miradas, como mínimo. ¿Verdad? Aparte, reyes, hay muchísimos y, Dios, hay uno sólo. Su corona no la puede sostener otra cabeza. ¡Qué grandiosa, singular aristocracia! ¡Vamos príncipes! ¡Herencia! No se puede

tener miedo de vivir y ser alteza. ¡Tomen todo! ¡Tantas hojas, tanto viento como puedan!

-Ven cosito, que ya casi terminamos y te quieren dar un beso.

...que si vienen a tentarnos no pequemos de purísimos y líbranos de todos los imbéciles amén!"

-¡Mamita linda! ¿Ya nos vamos?

Fui corriendo, tropezando con las tumbas.

-Con cuidado, no te vayas a caer.

-Es que los muertos se me mueven, yo no soy...
¡Estás llorando! (Me caí) Qué buenas lágrimas,
¡rechonchas!

-Ven cosito. De la mano.

Caminamos de regreso. Me sentía con calor. "A ver, abrigate. Los guantes... Los botones... Eso es. Con este frío te podrías engripar". Los nubarrones se ponían, a mi paso, más poéticos aún. Sentí que todos los difuntos admiraban mi poder. ¡Y que los vivos! Antisísmica, la voz del sacerdote sostenía, de los tímpanos, a todos: "al revés de lo que siempre nos repiten, el entierro dista mucho del adiós. Es, justamente, lo contrario. Deberíamos decirle bienvenida. Tiene menos parecido con partir que con llegar. En un bellissimo lugar, quizás no lejos de nosotros, hay un gran recibimiento. Ya tenemos que dejarles de temer a los relámpagos. El tiempo pasa

rápido: muy pronto, con Milagros, nos tendremos que reír de los temores que tuvimos. ¡Hola Ángel!"

-¡Hola padre! (respondí) ¡Si tiene miedo voy con ella!

-Te pareces a tu nombre... ¿Trisomía? Trinidad es tu diagnóstico. Lo firmo.

Los presentes sonrieron, con las bocas aguachentas de las lágrimas. Los brazos de mamá me recorrían mucho más que la campera.

-¡Yo también, que tengo fuerza!

Fui corriendo, con los dedos al manubrio del cajón. Un tío sexto no soltaba...

-¡Puedo sólo!

-Pero, Ángel, ¡es pesado!

-¡¡Puedo sólo!!

-Ven, ayúdame, cosito, que me pesa.

-¡Voy papá! ¡Te llevo fuerza!

Di la vuelta por detrás. Mamá lloraba, con jugosa profusión.

-¡Qué lindas lágrimas!

Seguí, sin detenerme. La belleza no podía demorarme, más allá de que sintiera sus tirones. El sarcófago pendía, nada más, de la llegada de mis músculos.

-¡Sarcófago! ¡Parece de vampiros! "El sarcófago de

¡Paf!

Nos dimos vuelta para ver. Mamá, lo mismo que las hojas de los árboles, yacía por el piso.

-¡Buen lugar para morir!

-¡Es un desmayo nada más! Es un desmayo...

La trataron de sentar. El cuello no le respondía.

-Vean bien. En el sarcófago nos cabe. Por el peso no la dejen. Tengo fuerza para varios.

-¡Ángel cállate por Dios! A ver... agarra...

-¡Puedo sólo! ¡Primo! ¡Suelta! ¡¡Puedo sólo!!

-¡No sacudas! ¡No sacudas!

Por adentro del cajón, se le sentía la cabeza golpeteando. Menos mal que, por la gracia del Señor, estaba muerta.

-¡Revivió de picapalo! ¡Revivió de picapalo!
¡Primo, súbeme!

-¿Qué dices?

-¡Que me subas! ¡Así voy a caballito del sarcófago!

-Que ¿¡qué!?

-Yo puedo sólo.

Me trepé, como lo suelo por las sillas. Es madera. Por mi forma de subir, hubieras dicho que tenía,

todavía sin cortar, algunas ramas. "¡Aárree! ¡Aárree!" La tormenta provocaba remolinos. La tiniebla se nublaba con la bruma. Me prendí del crucifijo de la tapa. Mis azotes provocaban, todavía con mayor intensidad, a la tormenta.

-¡Vamos! ¡Vamos! ¡A la tumba!

-¡Baja ya, que se nos mueve demasiado!

La vorágine cinchaba de mis músculos. La cruz se desprendió. Quedé con ella, levantada. "¡Soy el papa! ¡Soy el papa!" Los relámpagos, lo mismo que la piel, nos abrazaban, envolviéndonos. Delante, sumergido de la luz, ¡como tragado por el diablo!, se veían los abismos del sepulcro.

-¡Voy primero! ¡Voy primero!

Me paré sobre la tapa, miré lejos y corrí, como mandado por el viento, con la cruz a la cabeza. Piqué largo, con distancia. "¡Qué demonios!" El vacío me colgaba de las vértebras. "¡¡Atájalo!!" Las alas, de la fe. Caí justito. Me pegué con los dolores del infierno. "¡Satanás! ¡Aquí me tienes! ¡Soy el papa!" Me trató de derrotar con el aroma vomitivo del azufre. Me privé de respirar, y los segundos que, tan sólo, me quedaran, ¡lucharía! ¡Lucharía con mis brazos! ¡Lucharía con los codos! ¡Lucharía con las manos y los dedos y las uñas! A pesar de que, también, estaba ciego. ¡Percibía su maldad sobre los párpados! El fuego del infierno, para

menos ilusiones, ¡para más padecimientos!, es oscuro. Me prendí del crucifijo. ¡No tenía mucho tiempo! Lancé rápidas trompadas. Se cubrió con el escudo ¡lo sentí con los nudillos maldición! Seguí pegando, dolorido. "¡Soy el papa ven enfrentame!" Codazo piña piña piña piña me cinchaban los pulmones piña piña piña ¡crásshh! y piña ¡crásshh! y piña ¡crákk! y piña ¡crásshh! y piña ¡crákk! ¡Ya lo tenía por el piso! Lo tomé de sus pedazos y seguí. ¡Sentí sus pelos en las manos! Piña piña piña "¡basta!" sus esbirros lo querían ayudar "¡ya basta niño!" me quedaba sin oxígeno patada piña piña piña ¡crákk! y respiré, para morir con la tarea concluida. ¡Satisfecho! ¡Vencedor! La venenosa bocanada me detuvo los latidos, fulminante. Fue bellissimo: los ángeles de Cristo me subían de la ropa. ¡Qué fantástico milagro! Los sentía por los hombros. ¡El milagro del cohete! Floración, a cabalgata. Ya quería ver sus ojos, ¡escuchar su bienvenida! Recibir el galardón como picana de Satán, y como papa.

2

Panadera

Qué bonito debe ver con esos ojos de colores. Si los míos, que son negros, la ven tan maravillosa, con los suyos, de seguro, debo ser alucinante.

Se parece recortar del universo, proyectada desde cierta dimensión desconocida, muy distinta de la nuestra. Nos miramos a través del ventanal, tranquilamente concertados. Las agujas del reloj perdieron todo su poder en beneficio del amor: se le cayeron, desprendidas de su nómada sinfín. Hicimos blanco. ¡Los dos juntos! ¡A la vez! Es un milagro que difícilmente nunca repitamos. Al doblar el corazón a los bizcochos, fosforecen mis pupilas y su busto se derrama. Muestra más, pero con menos nitidez. ¡Qué seductora mutación! Entre nosotros, hay ahora dos cristales: el vitral exhibidor, con su miríada de pan, y la ventana. ¡Bien pensado! Yo, del lado de la calle, no me dejo distraer por los vehículos. Estoy a su merced, encadenado del hechizo. No la dejo de mirar, como tratándose de magia. ¿Qué me pides? ¿Descripciones?

Pero... ¿cómo? ¿Todavía no lo sabes? El amor, como las artes, es la magia, sin el truco. Sólo quédate con esto: no podrías opacarla ni tapándole la luna con el mundo. ¡Ni poniéndole mis versos al costado! Más aún, los embellece, como puedes comprobarlo con tus ojos. Si la vieras con los míos ¡si la vieras como yo! renunciarías a los tuyos. Allí viene... ¡Qué precioso recorrido! Qué bellísima manera de venir. Aquí me tiene, d

-Vamos Ángel.

Sentí garras por el hombro.

-¡Vamos Ángel! ¡Vamos! ¡Suéltate por Dios!

Limpio los párrafos de baba que tenía por doquier.

-¡En un segundo! ¡Por favor! ¡Está viniendo por favor!

Salió tan sólo con su rostro. Lo demás quedó tapado por la puerta. Tanto da. Con un cabello, te podría conducir, encadenado.

-Si se sigue repitiendo lo tendré que denunciar. Lo siento mucho. Pero deben hacer algo, por su bien.

Y, nuevamente, se metió, con un portazo comedido. No pudimos saludarla, ni siquiera. Dios posterga, solamente; nunca quita. Nos quedamos en la calle, con mamá. "Después de ti, la más bonita", suspiré. La creación, amén de cosmos y planetas, está dada por

su clase de milagros, más pequeños - aunque, bien, quizás muchísimo más grandes.

3

Sacapuntas

Mucho más que peticiones, Dios es verbo - como todo lo real.

- **V**osotros sois la luz del mundo. Peregrinos. Penitentes. ¡Alegraos hijos míos! Que los últimos serán, por varios cuerpos de distancia, los primeros. Cristo dice: “yo soy hambre para hoy, pero manjar para mañana”. ¡Confesaos! ¡Liberad el corazón! ¡Arrepentiros! ¡Comulgad! ¡Haced espacio para Dios! Volveros fuertes con el don que nos regala, de la fe. Si fuera fácil ser cristiano, los malvados lo serían. ¿Os insultan? ¡Seréis bienaventurados! ¿Os persiguen? Sois, de Dios, los preferidos y, por más que los artistas politicen su trabajo, no temáis, porque jamás los milagrosos. ¡Porque nunca los mejores! Hijo mío, ¿tú quién eres?

-Ezequiel.

-Oíste mal. No te pregunto por un nombre.

-Bueno... soy... A ver...

-¿Y tú quién eres, hija mía?

-No lo sé...

-Tampoco sabes. ¿Los demás? ¿Alguno puede responder? (Permanecieron en silencio, largo rato). Ya lo veis. Tenéis un nombre; sin embargo, no sabéis, a ciencia cierta, quiénes sois. Odiáis el mal, y no movéis un sólo pelo por el bien. Tenéis temor, pero charláis como valientes - y vivís como cobardes. En Jesús está la brújula. Tan sólo le tenéis que dar oídos, cada tanto (lo mostré del crucifijo que tenía del sarcófago). Podéis iros en paz.

Permanecieron, observando.

-Vamos vamos, ¡retiraos a sus cosas!

Repetí, con un volátil ademán. Desde la borda del balcón, quedé mirándolos marcharse, lentamente. Con la soga que tenía sujeta del tirante pantalón, llegaba justo. Los pilotos, agolpados todavía, comenzaron a cantar. Estaban todos en el árbol que da bien a la ventana.

-Daba misa.

-¿Q que qué? ¿Que dabas misa?

Las cortinas, con sus raros movimientos, provocaban una brisa deliciosa. Sus tentáculos nadaban por el living.

-¿Esos pájaros? Demonios... Ángel, mírame...

Las olas, al llegar a las esquinas, rebotaban y volvían, entramadas.

-Ángel... Ángel... esa gente, ¿cómo vino?

-¿Qué papá?

Me provocaban, a lo largo de la piel, unas eléctricas cosquillas.

-Esa gente, ¿cómo vino?

-Se quedaron a la misa. Vamos, ¡ríete! ¡Me gusta que te rías!

-¡Oye! Suave... ¡Suave! Ten cuidado con los ojos. Ángel... ¡Ángel! Basta. Sácame los dedos de la cara. Suficiente. Ya, cerremos la ventana. Juicioo. Sácate la manta de tu madre de los hombros. ¿Qué pasó? ¿Tenías frío?

-¡Soy el papa!

-Santo Dios.

La cerradura se movió, con el tintín inconfundible de mamá.

-¡Llegó la linda!

Dejó todos los problemas y las bolsas en el piso. Ya después (pero después incontinenti, sin ninguna dilación) las guardaríamos. Primero lo primero: bienvenida con abrazo.

-No... Cuidado con los ojos.

-Si te rías me dan ganas de tocarte.

-No me río... ¡No me río!

-Vamos ¡ríete!

-Le tuvo que, por cifras o por letras, afectar. Ha recaído.

-¿Continuó con los delirios de pontífice?

Charlaban sobre mí. Me daba cuenta. ¿Qué mejor para los hijos que los padres preocupados?

-Muchas gracias, ¡muchas gracias!

-¡Ey! ¡Cuidado con los párpados!

-Mostrémosle videos del real, a ver si duda, por lo menos...

Sonreí de la ternura con su forma de pensar. Es muy bonito que los grandes, nada más por ser adultos, no se priven de ser niños. Dios lo sabe como dios y, como genio de las letras, yo lo sé: no son antónimos ni fuerzas excluyentes.

-Es el papa, desde luego. Pero yo, que soy el papa vencedor de Satanás, soy un vicario diferente. Dios lo sabe como dios y, como papa, yo lo sé.

4

Los hechos hablan por Jesús

“¡Hosanna! ¡Vamos a los genes! ¿Para qué los mandamientos? ¡Aleluya! Dios os habla con hormonas, no con órdenes. Aquello que sentís, es su palabra. ¿De verdad os cuesta tanto separar, la cerrazón, de los caminos? ¿De verdad es tan confuso lo que veis? ¿Es tan difícil apropiarse, cada uno, de sus pasos y dejarse de regir por tentaciones o -peor- por un decálogo? Por gozo; ¡por hormonas! Sincerad el corazón: el bien se siente por el cuerpo, ¿lo notáis? Es extremadamente físico.”

Detrás, al otro lado de los vidrios empañados por mi voz, los feligreses escuchaban. De repente, vi salir a la vereda la cabeza de mi padre. Saludé con entusiasmo, más allá de que su pelo no pudiera responderme. Conversó muy brevemente con algunos, y volvió.

-¿Qué te parece si cerramos la cortina?

La cerró, tajantemente terminal.

"Pero si no me comprendéis, hay otro papa diferente. Dios nos quiso, de seguro por bellísimas

razones, a los dos a la vanguardia de sus hijos, con la cruz como farol y con la dicha como norte. Demos gracias al Señor, en vez de súplicas. Podéis iros en paz."

5

La Guardia Suiza

Libertad, no contralor.

De cada loco se podría publicar una novela. Con los dedos en aguja, para mella de los pisos, uno nuevo, que trajeron hace poco, teje baba. Ya tendría medio buzo, si no fuera que su flácido crochet se le derrite de continuo, sin parar. A su costado, todavía más viscoso de narrar, hay un obeso que procura contenerse del derrame, con las manos. Es raquíptico. Sus ojos ¡sus neuronas! alucinan. No podría despertar una balanza ni saltándole con furia. ¡Qué manera de reírnos! Y, detrás, con un chaleco que parece que los brazos le faltaran, está Ciro, de pescuezo fracturado, como muerto. Tú confíate nomás. De cada loco se podría descartar una cabeza. Ni le deja de doler, ni se detiene: con el canto de la mano, Curandero no se deja de pegar en la mandíbula. "¡Más duro Curandero! ¡Rectifícate la cara!" Su cerebro -metafórico- parece, mucho más, un tubo luz que no termina de prender. ¡No nos paramos de reír! ¡Las carcajadas nos ahogan! "¡Dinamita Curandero! ¡Dinamita! ¡Que tu rostro lo

merece!" No tan feo, pero menos agradable, Benjamín, a su costado, se disloca de sí mismo con extraños movimientos. Y, delante, con un toque vegetal, perduran siglos unos ojos con inmóvil, sempiterna fijación. Sus pensamientos van a pie. De cada loco se podría desdecir una leyenda. ¡Sólo míralos! Hay uno que persigue, con obtusos manotazos, alienígenas, fantasmas o neuronas a granel, que se le vuelan. "¡Anda! ¡Sácate las gafas! ¡Estás grande para tantos videojuegos!" El "maniático virtual", lo bautizamos. A mi lado, tan perdido como todos los demás, está, sin pelos en la risa -ni paraguas- un amigo que conozco de la vida. Nos cruzábamos, de niños, en los médicos. La voz del enfermero, cantarina: "Vamos vamoos, a tu jaula de león. Es peligroso para todos que te quedes". Se paró con emoción: "¡nos vemos Ángel!" ¿Oí bien? ¿Nos vemos Ángel? ¡Ay Dios mío qué locura! ¡Qué desórdenes! ¡Me voy en carcajadas! De remate. Conducción a caramelos. Él, de chico, padecía de delirios de León. ¡Ahí se va para su celda, contentísimo! Los médicos, con él, no dan la tecla, por lo visto. No son magos. Con lo suyo, no podría ni San Juan. Nació fallado.

-Vamos Ángel. Los poetas, para ser maravillosos, necesitan descansar como leones.

-No los papas,
respondí.

-Su Santidad, es que debemos protegerlo de posibles atentados.

Es verdad. Al otro papa muchas veces se lo ve, con una mano resguardándose del sol, en una jaula.

-Qué descuido de mi parte... Muchas gracias. Esto prueba tu virtud para servir de guardia suizo. ¿Quieres serlo?

-P

-No contestes todavía, por favor. Es necesario que lo pienses a tus anchas, sin premuras, porque ciertos compromisos no se deben asumir como romances de verano. Probidad. Abnegación. Un guardia suizo, cuando debe dirimir, contra su vida, la del papa, no lo duda. Vé. Convérsalo con Dios. Pero mañana de mañana me darás una respuesta.

Caminé para mi jaula protectora con la dicha de la carga componiéndome los hombros. Ingresé. Detrás de mí, con esa tos metalizada de los fierros cuando pegan, se cayó la cerradura. Golpe seco; que quedó reverberando por segundos. A mi frente, la pequeña ventanita. Más allá, los desahuciados aguardaban, como sombras sobre sombra de la noche.

-No temáis. Estoy aquí para traeros la palabra del Altísimo. ¿Sois pobres? Él lo sabe. ¿Vais desnudos? Él os ve. Lo que sentís, lo siente Dios. Lo que sufrís, Él lo padece, del entero principal hasta las últimas milésimas.

¡Así que no sufráis maldita sea! ¡No sufráis, que Dios lo sufre por millones! ¿Qué pensáis? ¿Que Dios os cuida? Por supuesto. No lo tengo que decir. Pero, vosotros, no creáis que no guardáis, para con Él, un cometido similar. Aquí tenéis el mandamiento que Satán os ocultó para venceros: "sed felices". Sed felices, así Dios está feliz. ¡Salvaguardadlo del pesar! ¡Haceros dueños de la dicha! No creáis en la tristeza de los puros: son espías del infierno. ¿Culpa? ¿Pena? ¿Frustración? No sed imbéciles.

A Dios no lo conmueves arruinándote la vida.

-¡Levantad el corazón!

-¡Ya lo tenemos levantado!

-¡Demos gracias!

El Jesús del crucifijo se sentía palpar. La cerradura trepidaba.

-¡Demos gracias! Y, después, cuando seáis inteligentes y troquéis la contrición en alegría, con el mismo griterío, ¡con la misma devoción! tendréis a Dios agradeciéndooos.

Sentí que me tomaban de los hombros.

-Con permiso, Santidad. ¿Me deja ver?

El enfermero, con el celo tan común de los soldados, escrutó por la ventana.

-Santidad, ¿había gente molestándolo?

Me tuve que reír.

-Es una forma de decirlo...

"La linterna, ¿la trajimos?" Esta vez, los enfermeros eran dos: el anterior, con un colega. "Claro; ten". Se la pasó. Llevó la luz al descampado. Lo peinó, de pastizales a copete. Se volvió sin novedad y cuando fueron a marcharse, más tranquilos, extendí mis benedícites al otro: "considera, si la sangre no te pide lo contrario, formar parte de mi guardia. No respondas todavía, por favor. Es una carga que se debe meditar en el retiro, con las anchas a merced, sin las espuelas del tic tac en los riñones. Vocación. Desinterés. Un guardia suizo, cuando debe decidir entre la paz o la defensa de su papa, no lo duda. Vé, medítalo sin otra condición que la que ponga tu balanza. No decidas -si decides aceptar- a duras penas. Ven con margen para mucho. De mañana, me darás una respuesta. Por favor, si me disculpan, necesito conversar con el altísimo. Rezar, pero de veras".

-¿Le responde, Santidad?

-¿Por qué tendría que bajar la creación a las palabras? Al igual que los artistas, Dios declara, nada más, por intermedio de su obra. Los carentes de virtud necesitamos del discurso. Buenas noches.

¿Para qué las entrevistas? Ni la luna, con la gracia de sus dones, les podría desvestir, a tal extremo, la

flagrancia del desnudo. Los artistas, al obrar, escandalizan al espejo. Magdalena se protege con el velo de la Virgen y los ángeles se cubren con las alas.

Pero vichan. Bien. En breve, bajarían la palanca de la luz. Oscuridad. Allí se forjan los baluartes de la fe. Los temerosos se criaron con la vista despejada.

De repente, terminó la primavera. Nos quedamos en penumbras. Confusión. Los locos nuevos se pusieron a gritar descontrolados, como siempre sucedía. La vorágine del eco parecía circular en remolino. Vibraciones. Alaridos. Envolvencia. ¡Deberías pernoctar en manicomios! Como no, ningún poeta te podría describir lo que te pierdes. ¡Salvo yo! Pero preciso que destapes los oídos y me dejes ingresar a lo profundo de tu mente; que los oigas en mitad de tu cerebro, tan adentro que parezcan provenir del interior de tu cabeza - no de bocas desahuciadas ni de versos excitados. "¡Ay Dios mío! ¡Los fantasmas otra vez! ¡Aparecieron los fantasmas!" El temor es una plaga contagiosa, ¡se propaga con endémico pavor apenas alguien lo declara. Tanto más, si lo profieren a los gritos, ente lágrimas. "¡León! ¡Ahora! ¡Muérdelos León que no te ven!" León rugía. Yo gritaba "¡los fantasmas los fantasmas!" sacudiendo los barrotes de la puerta, que sonaban a metal. "¡Están hiriéndome Dios mío qué dolor!" Los locos ya se desgarraban de sus cuerdas. A León le sangrarían las encías de rugir. El huracán de las

gargantas era duro, ¡se sentían reventar! Estaban fuera de control, desesperados. Yo bajé: ni las entrañas del infierno chillan tan desconsoladas. ¡Imagina su volumen! Me tapaban el sonido de mis propias carcajadas: las sentía rebotando por el cuerpo, sin oírlas. ¡Aceitarlas por la piel es el mejor de los masajes! La penumbra, con los gritos, se veía de colores. Ya los locos, como todos los que temen, suplicaban por, al menos, desmayarse: más sencillo que crecer, es apretarse las pestañas. Al principio, por lo menos. Si las hojas imitaran su manera de gritar, provocarían un incendio. "¡Vamos cómelos León! ¡Están tiernitos!" Parecían un ejército tratando de correr en desbandada, pero todos amarrados entre sí, de los tobillos. La locura se salía de su cauce - mal o bien, hasta los locos tienen uno. Las insólitas dur

-¡Aaaaarrgggghhh!!

Un grito feo, diferente, los cayó. Sincronizados, irrumpieron, encendiéndonos la luz, los enfermeros: escapado de su jaula, sosteniéndole la nuca con las manos y la nuez con la mandíbula, León aprisionaba con los dientes -todavía sin llegar a masticar- una garganta.

-¡Basta! ¡Suéltalo!

Trataron de -lo mismo que se suele con los perros, si no largan- apretarle los cachetes con los dedos. Al soltar, se lo llevaron, entre varios, a su jaula

nuevamente. "Doble vuelta, por favor, que las estrellas hoy circulan extraviadas, me parece". Revisaron a la presa, por las dudas. "Está bien. No tiene nada". Se marcharon otra vez y nos quedamos en silencio. Los segundos embotaban los oídos. Por entonces, yo sabía predecir la madrugada, sin error: no duraría demasiado. Las estrellas, en el mapa de la noche, llevan rumbo definido. Si no fuera que me tienen que decir Su Santidad, me llamarían el astrónomo. Mirados con cerebro, no se salen de sus órbitas. Lo dicho: finalmente se quebraron en un tímido sollozo.

-Por favor... Alguna luz... Tan sólo una...

-Lo sabías cuando niños, recordad: tenéis un ángel de la guarda, cada uno. No temáis.

6

Amanecer, en ocasiones, significa lo contrario

Descontamos alboroto del reloj, dormimos bien y, de mañana, despertamos más o menos al unísono. Dormir en pelotón uniformiza los horarios. Además, te despabila los colores más aprisa. Ni siquiera los internos están cómodos con cara de dormidos en presencia de sus pares. No se tragan el bostezo, pero no lo dramatizan agrandándolo, tampoco. Las amígdalas se cubren, vergonzosas. "Enfermeros -y, por cierto, de común les acertábamos- en cinco... cuatro... tres... dos... uno..."

Pi cá pòr - te nemos sol! ¡A levantarse, ganadores!

La miriada de cuasi movimientos resultaba divertida. Cada loco (tanto más al despertar) con su parálisis. Trataban, pero no. Se les quedaban los muñones atrapados en la ropa. Parecían boxeadores. Pero sí. Los puñetazos enderezan la locura. Yo lo sé. Satán lo sabe, de mis propias enseñanzas.

Nos abrieron como siempre, por sectores. Parecíamos los locos del estadio, que no salen sin matarse. "¡Vamos vamos! ¡A tomar el desayuno!" La solar adrenalina de la luz. El hormigueo de los brazos, disipándose. Creciente precisión. Un evangelio por delante, sin palabras todavía. Con los picos en triunfo ¡con la música radiante! los pilotos prorrumpían a cantar. Cacorocó. Pero también, como bemoles entre líneas, la podíamos oler: a los minutos, les costaba disipar la cerrazón. Intermitente lucidez. Aroma raro. Tinta gris. "¡Arriba Bala que nos vamos!" Era fácil de notar: al colorido, le faltaba vibración. Estaba casi como siempre, pero magro, con ojeras. El oxígeno pesaba. Las narices respiraban como quien hiciera pesas. Los barrotes no lograban ocultar el ascendente nerviosismo de los locos. Al contrario, los rayaban otro poco, por las dudas. Las miradas no podían terminar de colocarse. Las aristas, de fundirse. Todos ya nos encontrábamos despiertos, levantados y vestidos, menos uno. "¡Vamos Bala!" Ya los puntos suspensivos eran muchos más que tres. También Satán hace milagros - de los suyos. Las antípodas de Dios. Los enfermeros caminaron a su jaula. "¿No te quieres levantar? ¡El desayuno huele rico!" Ya después, deduciría que tenemos, en esguince de los otros, un sentido mucho más desarrollado. ¿De verdad los enfermeros esperaban recibir una respuesta? "¿Qué sucede?" Lo supimos con insólitos minutos de ventaja. "Bala... ¿¡Bala!?" Tildes. Vértigo. Sonido de camilla.

Ruedas. Pasos apurados. Confusión de pajarera. No podían rebatirla ni con duros, persistentes apretones en el pecho. Categórica, la presa de León yacía muerta.

7

Los leprosos

- **T**us padres están esperándote.

-Voy.

Me paré de la breve mesita. Bastante, quizás, de momento que cabe ¡con versos a mares, no sólo papel! un cuaderno. Salí de la celda. Sonaron, detrás, los metales.

-¡No muerdas a nadie, León!

Lo sentí circular por su jaula.

-¡Qué bien que se ve, Santidad!

-No confundas. Tus ojos no miran. Escrutan.

Pararlos en seco. También deberías probarlo.

-¡Por favor tenemos hambre! ¡Denos algo de comida!

-Soy tu papa, no tu padre.

Los leprosos son así. Precisan límites. El largo corredor indiscutía la penumbra. Caminé, con ceño

calmo, bendiciéndolos. Un lado. Paso paso paso vísperas... El otro.

-Santo Padre, ¡Santo Padre!

-No temáis, que no me voy. Id preparándoos.

Algunos, no sabían confesarse, ni siquiera. Parecían esconderse del Señor. Tal el estado de su fe, cuando llegamos. Las pequeñas ventanitas enrejadas no filtraban el invierno. Ya no vidrios ni persianas: carecían, inclusive, de cortinas. Por su lado, la distante claridad del corredor vaticinaba la feliz coronación de mis esfuerzos. "Cuando vuelva -fui calmándolos a todos al pasar- tendremos misa".

-Santidad (un guardia suizo saludó desde su celda), ¿todo bien en su sector?

-Como las barbas en remojo. Todos limpios, con deseo de servir y confesados.

Al final del corredor, había rejas y más rejas. Tres portones. Los leprosos son así. Precisan límites. Abrieron el primero. Caminamos. Lo cerraron. El segundo. Caminamos. Lo cerraron. El tercero. Caminamos. Lo cerraron. La puertita que restaba me cegó de claridad. Para bajar los escalones, me sostuve firmemente, con dos manos de Tarzán, de las barandas. Crucé toda la bitácora del sol, haciendo músculos. Allí, si te veían sin custodia, te podían disparar. A mí, por égida papal, no me ponían las esposas al dejar los

calabozos. Nos metimos, otra vez, en una serie de pasillos y llegamos a la sala de visitas. Avanzaron hacia mí.

-¡Qué lindas lágrimas mamá!

Me levantaron a la vez, en un abrazo.

-¡Ven aquí!

-¡Que no se caigan!

Las cacé, para tratar de colocárselas de nuevo.

-Ten cuidaado... Ten cuidado con mamá.

Después de largo besuqueo, me llevaron a la mesa, con los pómulos brillosos. Nos estaban esperando dos doctores. Uno, médico, ya viejo conocido de desórdenes y clínicas. El otro, con antónimas reseñas, abogado. Procuraban conversar como tratando de formarse, mal que bien, un panorama.

-¿Les respondo la verdad o lo que deja más tranquilos a mis padres?

Contestaron con la lógica sin más, adivinable de los técnicos.

-Muy bien. Celebro misa de leprosos diariamente. Como cada feligrés es un problema, de común, los ejercicios de la neuromotricista no los hago.

Soy bien papa, por piedad y por genética, con tiernas afecciones de salud, acumulándose. Jamás han

sido dignos de confianza los espíritus mentados, sin achaques. ¡Tanto menos un pontífice! Peor, con el epígrafe de sumo. La belleza no funciona como todos la prescriben. Por ejemplo, cuando mueras, al llegar al paraíso, ¿te querrías encontrar a tus abuelos otra vez despampanantes? No lo sé. Quizás le quite lo mejor a la dulzura. Todavía más veloces de caderas, echaríamos de menos sus arrug

-Ángel... Ángel... ¿Escuchaste?

La miré, como buscándole las lágrimas. Su mano parecía sostenerse de la mía.

-Que muy pronto ya podrás volver a casa con nosotros.

Es difícil extrañar. Le sonreí.

-Papá te cuida. ¿Me pudieron conseguir el incensario?

-Más o menos. En verdad, lo conseguimos, pero no nos lo dejaron ingresar.

Volví mi voz al policía, gravemente paternal.

-¿Usted responde por las almas?

La moví con dirección hacia mis padres, otra vez.

-¿Papel y lápiz, que ya casi no me queda?

La salita del antiguo leprosario no podía compararse con la sala de la clínica, no tan inolvidable pero mucho más del gusto de mamá. Se la notaba más

incómoda. Tal vez, era pequeña sin ser íntima. No sé. Quizás, tampoco, ventilada, siendo fría.

De regreso, saludé con personal, agradecida bendición, al centinela. ¡Con lo fea, contagiosa que la lepra puede ser! Algunos hombres sacrifican su preciada libertad para tenerla confinada. Caminé, con el escolta, los momentos que restaban y subí las escaleras. La puertita me cegó, pero de sombras, esta vez. Atravesé, como portones de San Pedro, la profusa trilogía de las rejas. "Vamos". ¡Cláck! Clack. "Vamos". ¡Cláck! Clack. "Vamos". ¡Cláck! Clack y, lo mismo que si fuera fumigando, me moví, por el profundo corredor, haciendo panzas con el vals del incensario.

8

Con la noche, cierta clase de caminos se despejan

No te fíes demasiado de la luz.

El equilibrio de las artes es no menos que tectónico.

-La clínica no duerme, cardenal, porque nosotros la cuidamos. Somos ojos en la noche. ¡Somos tímpanos, León! Aquí nosotros escuchamos murmurar a las paredes, al revés de lo que dice la común sabiduría popular. No las paredes a nosotros. De tu lado, ¿viene alguien? Mira bien.

-(Intranscribible)

Las paredes se podían comprender con mucha más facilidad que los rugidos de León. De todos modos, yo sabía su dialecto. Sin chistar, lo conducía bien cortito -como suelo con los ojos, del papel- de la cadena.

-Vamos. Infla los pulmones.

Con la mano, le contuve firmemente sus riesgosos resoplidos y pasamos por enfrente de la puerta de los médicos de guardia. Lo llevaba con los pasos en el aire, pedaleando. Suficientemente lejos, a minucias de la muerte, lo solté. Ya lo teníamos medido. La barroca recompensa lo valía. Lo debía liberar a tres baldosas del final del corredor. Allí doblamos y seguimos, esta vez a nuestras anchas. Adelante, como célibe sin tranca, la cocina.

La trabamos por adentro. Convenía, según fértil historial, que no prendiéramos la luz. Es más seguro. "Toda nuestra, cardenal". Ya la saliva nos regaba, ¡brotaríamos helechos! y, de golpe, vi, centrando las imágenes, un pan. El que partió con sus discípulos. "León". Allí jamás se preparaba circular, con esa forma tan perfectamente bíblica. Su cuerpo. "Ven aquí". León andaba suavemente, por primera vez en paz. Estaba dentro de sus ojos. "Arrodíllate, León. Es el altísimo, real como nosotros, hecho pan". Lo levanté, con cuidadosa devoción, al mediodía de mi frente. Lo miré, con impertérrita piedad. El cosmos todo palpitaba, con eterno retumbar, entre mis manos. Luna, mártires y luz. León torcía la cabeza. Sol, galaxias, ¡ocurrencias! Las alturas del espíritu. "Tomad" -la panadera, mis neuronas, los abrazos de mis padres- "y comed" -ya la saliva nos ahogaba- "todos

¡Cláck! clack ¡cláck! clack.

-El pestillo. Maldición. Ya vamos ¡párate! León, hay que salir por la ventana.

Nos faltaban movimientos - que sabíamos suplir. León se puso de banquito. Lo pisé, para subir a la mesada. ¡Cláck! clack ¡cláck! clack. Abrí, vasta, la ventana. Nos faltaban movimientos. Me prendí, con toda fuerza, de la ropa de León, y me lancé, para llevarlo. Que sabíamos suplir.

La gravedad es curativa. Tanto más, con un metálico frescor de madrugada. Continuamos alejándonos. Debajo del pijama, protegía, con mis manos, a Jesús. "Ahora sí". Nos detuvimos. "Comulguemos". ¡Cláck! clack ¡cláck!

-Su Santidad... Su Santidad...

Sentí dos manos sacudiéndome. Yo no me pretendía despertar.

-Ya vamos. Llévalo dormido.

Creí ver a los leprosos.

-Hijos míos, ¿qué sucede?

-Nos fugamos, Santidad.

-¿Rezasteis mucho?

-Cada día, cada noche, sin parar.

-Entonces Dios nos acompaña, con propósitos y pasos. Él se fuga con nosotros, lo palpito por la piel. ¿El cardenal?

-Nos fue preciso desmayarlo, Santidad.

-Hicisteis bien. ¿La Guardia Suiza?

-Son personas respetables. No creímos que quisieran incurrir en una fuga.

-Ya lo veis. Están cubriéndonos. En fin, no sorprendáis. Es como debe proceder un guardia suizo. Con la vida de su papa como norma. Con la suya, de fusible. No cualquiera puede serlo, pero muchos lo quisieran. Guardia suizo... ¿Sabéis todas las palabras que se pueden abarcar con esas dos? Un diccionario de virtudes, ¡una ráfaga sin fin de fortalezas! Además de

-Santidad, ahora vamos a bajarlo. Tenga. Pan de la mañana. Por favor vaya comiendo, que los túneles son fríos y

-Yo tengo, muchas gracias. Tanto más: el que partió con sus discípulos.

Busqué bajo mi ropa.

-Santidad, ¿está seguro?

-Por supuesto. Lo tomamos con León, de la cocina de la clínica. Descuida. Dios, lo mismo que la luna, no se marcha sin volver.

Después podría consagrarlo, porque, bien, no todo pan es Jesucristo pero sí, bajo la cábala del papa, se convierte. Más aún, que ni siquiera necesitas de tan alta

dignidad. Carigentil, un cura párroco cualquiera, serviría.

-No pequéis en el camino, por favor, así podemos comulgar, cuando volvamos a salir.

9

Entretelones

Constricción. Lombrices gordas. Humedad. Olor a frío. La raquílica caverna sólo deja transitar en un sentido: nada más con unos días a tus anchas, de ternura, libertad y buen comer, no pasarías. Las paredes parecían un chaleco -con León, los conocíamos- de fuerza. Las raíces arañaban unas lóbregas cosquillas. Me reí.

-¿Va todo bien, Su Santidad?

-Maravilloso. ¡Qué momentos imborrables! Ojalá nos falte mucho todavía.

-Qué fortuna, Santo Padre, que llevamos su palabra, siempre tan inspiradora. Nos da fuerza, ¡vitaminas!

Recordé los puñetazos que, también en lo profundo de la tierra, nos habíamos pegado. ¡Tú lo sabes! El sarcófago. Los golpes. El azufre. "Qué sencillo transitar por estos lares con Satán aleccionado..." Lo pensé con singular satisfacción, pero no quise

presumir. Seguí, sin más, con peristálticas maniobras y, de súbito, con voz de pedregullo, se sintió:

-¡La puta madre! ¡Quieto! ¡Quieto cardenal!
¡Ayudaa! ¡¡Quieto por favor!!

León había despertado.

-¿Lo desmayan o lo calmo?

-No podemos, ¡ay Dios mío no podemos!

Para toda mi sorpresa, yo tampoco. Ni con tiernas amenazas ni con sólidos sobornos. En aquellas circunstancias ¡bajo tierra! no podía ser -me dije, con espíritu sensato- por ningún otro motivo. Nuevamente, Satanás me desafiaba.

-Bien. Si vienes por la lana, volverás despellejado.
¡Vamos! ¡Pásenme, leprosos, una cruz!

León mordía la penumbra, sin hacerse de ninguna yugular. Por el momento.

-¡No tenemos! ¡¡No tenemos!!

-¡Dos palitos! ¡Dos palitos aunque sea!

-¡Tenga! ¡Tenga Santo Padre!

Me traté de liberar de las paredes.

-¡Cincha! ¡Cincha de mis brazos!

Intenté, con indecible contorsión, hacer la cruz en dirección al cardenal.

-¡Aquí me tienes! ¡Hoy te ganas el subtítulo por miles de milenios! Te dirán "el humillado" ¡ya descárnate, parásito! ¡Pudiste con León por encontrártelo dormido! ¡Vas a ver cuando te lance, de narices, a su jaula!

Las paredes crepitaban. Los leprosos, apretados, no podían persignarse, ni siquiera. Los bramidos se mezclaban.

-¡¡Lucifer ahora sal!! ¡Ahora sal! ¡Desfile de soldados! Simbólica sino será no, furia su con comparada, Suiza Guardia la. Dirán lo quejidos tus. ¡Intereses vanos opones quién con ve! ¡Cristo de son! Tuyas son no prelado del incumbencias las. ¡Belcebú! ¡Demando lo te! Despegar sin ¡tez tu de! rostro tu de pedazos con todavía, puños mis por. ¡Papado mi de clamor, altísimo del palabra la por! ¡Cruz la de fuerza la por!

Ya las carótidas tronaban. El milagro del cohete nos hubiera sucedido como guante, pero no. Dios no repite sus milagros. Parecíamos crujir en dinamita. Los infiernos intentaban aplastarnos. Por fortuna, los leprosos no podían ver los ojos de León, perturbadores de seguro.

-¡Sodanodrep sodot náres eleuv et euq setneid sol euqrop! ¡Las euq ísa! Lamron al ed nóisapmoc sám -dadeip rop olós nat on- euqided son, ose rop euq elbaborp se. Somsim sortoson, sázuiq, euq sortoson

erbos sám ebas. Anodrep orep, recnevnoc ajed es on. Sodío sol atserp orep, aicogen on soiD. ¡Rorre led etsised ay! ¡Opmeit a sátse! ¡Nátas etetnéiperra! ¡Sallaga net!

Cimbró luz. ¡Satán estaba temblequeando!

-¡Salleuh sim ed alag necah selbadarga sonem sasoc! ¡Odigetorp sagnopus et oef rop on! ¡Aesop et euq oy éres o reficuL aroha las!

¡La luz ya convulsionaba!

-¡Nóisapmoc ed sáramrefne! ¡Rarig euq olleuc otnat noc! ¡Reficul osoreuqsa, selam sotnat noc, it arap orud áres! ¡Sotneimasnep seralpmeje sim sárecedap! ¡Dadnob im ed sárirfus!

Y, de repente, prorrumpimos al albor, como si fuéramos nosotros los, al fin, exorcizados de la tierra. Frío fresco, ventilado, diferente del del túnel. El espacio nos sobraba. Parecía demasiado. Ya León estaba calmo; pero poco convencido. No le quise regalar una milésima. Saqué, de mis aristas y mis ángulos, el pan. Lo consagré. Sentí sus rayos en mi frente, ¡su divina majestad en mis pulgares! Su calor sobre mi piel. "El que partió con sus discípulos". León volvió los ojos. Se torció, mientras caía de rodillas, cabizalto. La saliva no dejaba ver la forma del mentón. Su boca toda parecía derretirse. Sus pupilas, inundarse. Precisaba de Jesús. Lo comulgó sin masticar, en un sucinto pantallazo.

10

Descarados

La belleza no termina con la piel si finaliza con el rostro.

“¿Que sois feos? Pues, entonces, ¡alegraos! ¿O no veis la realidad? Si vuestros rostros fueran tersos o ¡peor! ¡si vuestros ojos fueran verdes!, no seríais lo que sois. Hay una chispa que no surge del cabello de los rubios. Hay virtudes ¡hay talentos! que no brotan sin presión; que no se siguen esforzando cuando tienen, a merced, alternativas inmediatas. Inmediatas: así son la juventud y la belleza. Pero nunca fueron jóvenes los sabios ni los viejos que dejaron agotar su juventud en los espejos. Hay arrojos que dependen demasiado del perdido por perdido. Por favor, no confundáis, como los niños, lo real con lo simbólico: la llave de San Pedro, mucho más, es un ariete. Ya tuvisteis que saber desarrollar, ante patentes desventajas, unos cuantos. En el túnel, fuisteis topos. En la lepra, con sus cráteres y marcas, ocurrentes. Faltan otros, todavía. ¿Que sois feos?”

¡Aleluya! Tenéis todos los estímulos: forjad superpoderes.

Levantaos."

Despegaban las piedritas del país con las rodillas.

-Responded: ¿por qué jamás me confesasteis que sois pobres?

Alcanzó para que todos olvidaran el idioma. Los segundos, en creciente, nutridísima patota, no lograban acabar con el silencio. Comprendí.

-Sentís vergüenza.

Las cabezas les pesaban toneladas.

-Reaccionad. Reconstruid el corazón. Alimentad, en mis pupilas, vuestros ojos.

Lentamente, me miraron.

-No temáis. La culpa sirve de rebote. Sacad pecho.

Más allá de los zapatos, mucho menos impecables, parecían un ejército formado.

-Si os vierais, no podríais perdonaros. Pero no desesperad, que Dios lo puede por ustedes. Eso sí: debéis haceros, sin ninguna dilación, merecedores. La pobreza, por un tiempo, puede ser aconsejable. Pero, ya, si la tomáis como rutina, su primera dignidad se pone rancia, sospechosa. Con salud, ¡con juventud como tenéis!, es un pecado como pocos. A Jesús no le

dan lástima los pobres. Le dan pena. ¡Le dan furia! ¡Maldición cómo podéis! ¡Con las riquezas que regó! ¡Con los pequeños que criáis! ¡Con los sentidos que tenéis por descubrir! ¿Aquí quedáis? ¿En la desgana? ¡Le teméis a la fatiga! No, leprosos. Aquí sólo la quietud es de temer. Y no se trata de dinero. Ya sabéis. Pero se trata de ser ricos. La mejor utilidad es intangible. Me diréis: "es que nos duele la cintura, no podemos agacharnos a plantar". Responderé que yo no logro sostener mis propias manos mucho tiempo, que mis pies parecen ir en diferente dirección que mis tobillos, y soy papa. Si sois hijos del Señor, sois, como poco, semidioses. ¡Tenéis brazos! No seáis de los que sólo son capaces de comer cuando la fruta cuelga justo, con exacta longitud, al horizonte de su boca. Combinad la creación con vuestras manos y veréis de cuántos bellos imposibles sois capaces. Y, quizás, maravilléis al mismo Dios con vuestras obras, que, las mentes, cuanto más desarrolladas, más capaces son de (tal como las máximas verdades de las mínimas preguntas) aprender de las menores. Sois minúsculos, es cierto. Más aún, lo suficiente para dar, a cada logro, por pequeño que resulte, trascendencia de milagro. Con lo dicho como brújula, podéis iros en paz.

Le dieron gracias al Señor y comenzaron a rodearme lentamente. Se solían agolpar a recibir mi bendición.

-Su Santidad, unas señoras quieren verlo...

-Viejas no, les tengo dicho. No soy párroco; soy papa. (Todavía que les sobra, se te quedan con tu tiempo) Que problemas tienen todos. Eso diles.

Ya la noche se lucía con sus astros.

-¿Hoy se queda con nosotros, Santo Padre?

Los leprosos se pelaban por podernos alojar.

-Con mucho gusto, pero ¿tienen calefón? El cardenal, con agua fría, no se baña.

-Le podemos calentar una caldera, Santidad.

-Sabrá sacarle rendimiento. Muchas gracias.

11

Dimensiones paralelas

Dios, primero, nos quitó conformidad y, de seguido, nos dio piernas.

Las viviendas de los pobres son heladas, más allá de lo que digan los termómetros. Por suerte, cardenal, tenemos fe: nos corre fuego por las venas. ¡Hay calor en el espíritu!

León, con indomable terquedad, había -poco silencioso- decidido no bañarse. Conversábamos bajito, no sin sueño, pero sí completamente desvelados. Recordé cuando mi madre, de pequeño, calentaba mis piecitos apretándolos, sin otra distracción, hasta dormir, entre sus piernas.

-Levantémonos, León. Repararemos una falta.

Le gustó que lo dijera. Pocas cosas son tan duras como no poder dormir y no querer reconocerlo. Las estrellas se te plantan; el sol dice no saberte rescatar. Eternamente terminal, la madrugada corre lento. Nos

vestimos, tiritando. Parecía que los dientes se nos iban a partir.

La compañía de la luna no tapaba las estrellas. En la calle, sin frazada ni colchón, hacía mucho menos frío. Las paredes son pantallas engañosas. Hacen mucho por cubrir. El pedregullo, comparado con la calma de la noche, parecía pororó. Nos dirigíamos allí donde la gente no durmiera. Precisaba feligreses. A lo lejos, se veía la ciudad, con edificios.

-Imagínate, León, que, desde cada ventanita, somos mero descampado. Lontananza. No nos ven. Sólo descansan la mirada, cuando logran levantarla del agobio de sus párrafos, en esta dirección. Así también se ven las cosas importantes de la vida. Por fortuna, cardenal, a ti jamás te distrajeron las enormes pequeñeces.

Lo miré, mientras hablábamos. Olía, de narices, unas flores recogidas del costado del camino.

-No las comas. No, León, que las vomitas.

Recordé cuando parábamos el auto, con papá, para cortar algunas flores. Nos hacía más felices a nosotros ver su cara que, las flores, a mi madre. No podía retomar actividades hasta no canonizarlos.

-Mira bien y, donde veas feligreses, me lo dices.

El olfato de León quedaba corto. Por fortuna, las narices de los perros son mejores.

-¡Ya León! ¡Hagamos ruido!

Los oíamos venir, como caballos.

-¡Ruge! ¡Rugee cardenal! ¡Que no nos vayan a perder!

Se contagiaban entre sí. De los ladridos, en distante soledad, a la jauría.

-¡Vamos! ¡¡Vamos!!

¡Los teníamos! ¡Saltaban los cercados! Los veíamos doblar por las esquinas y sumarse como gotas al torrente.

-¡Bien León! ¡Son infinitos! ¡Ruge! ¡¡Rugee!!
¡¡Vamos rugeeee!!

La jauría, con leprosa corrección, clavó los codos a dos metros de nosotros. Los cachorros, que venían rezagados, sostuvieron sus agudos ladriditos, les pasaron a los grandes -todos ellos ya completamente mudos- por debajo, prorrumpieron por doquier y, cuando vieron la sagrada dignidad de nuestras dos investiduras, pareció que se chocaron cada cual con su nariz. Quedaron duros. Estaqueados. Aguantamos los rugidos algo más por si quedaba, como pasa los domingos con los fieles, algún perro todavía sin venir y, cuando ya nos dimos cuenta de que no, metimos uñas otra vez y nos callamos. Eran bien, según usanzas y catálogos, un público de misa, con los niños adelante, las orejas a merced y las miradas compungidas.

Cambiaría lo tercero. De común, con un rezongo lo consigo.

-Comencemos, cardenal.

León hacía comedidas reverencias, con los ojos entornados. Si los médicos lo vieran le querrían dar el alta. ¡Lo pondrían titular entre los ángeles!

-Oremos.

El silencio tumbó todas las miradas. La piedad enmascaraba las facciones.

-Pero no con pensamientos ni palabras. Con el cuerpo. Sois muchísimos milagros a la vez. Sentid la vida. Tenéis venas, ¡tenéis nervios! Sentid todo lo que corre por la piel. ¿Espiritual? Qué tonterías. El contacto con Jesús es agradablemente físico. ¡Sentid la vibración! ¡Así se reza! No con preces recitadas de memoria, de común muy mal escritas.

De los árboles, los gatos, con felina parsimonia, comenzaron a bajar.

-Así se reza. No con voz ni con oídos. ¡Con la sangre! Con eléctricas hormonas por doquier. Habemus papam: sed felices. ¡No temáis! Así se reza. Con las manos en la masa, si prefieres. Pero no con los deditos apretados.

Los pilotos ocupaban, en los árboles, el sitio que los gatos les habían permitido.

-Santidad. Así me llaman. Y, del modo que los padres les transmiten tantos dones a sus hijos, apellidos, dignidad, ¡educación! también los hijos a sus padres. No soy yo que los declara, porque ya se declararon ellos mismos con acciones. Los anuncio, nada más. ¡Como trompeta de los ángeles!

Corderos y gallinas (que son pésimas pilotos) acercaban sus oídos, en silencio. De los árboles salían las termitas y, los sapos, afloraban como yuyos.

-¡Aleluya! ¡Son auténticos! ¡Existen! ¡Los he visto con mis ojos! He gozado de su mágica dulzura de remate. No se puede ser tan bueno sin estar completamente desquiciado. Consistentemente sólidos, ¡milagros de varita! Con la luna de medalla, los tendréis en el estante de los santos. Cardenal: mandad hacerles estampitas a mis padres.

Y, de súbito, detrás de la plural feligresía, vi caer, sobre sus propios tropezones, una sombra de rodillas.

-¡Una vieja! ¡Corre! ¡Corre cardenal!

Tobillos pastos viento ¡risas! Escapamos con febril velocidad en dirección a la distancia.

-¡Corre! ¡Corre sin parar!

El descampado nos trataba de pasar, y no podía. Nos reíamos, sin una sola coma. Las estrellas, infinitamente lejos, reflejaban nuestros ojos. ¡Adorábamos reír! Las carcajadas de León interferían

las imágenes de cada noticiero del planeta: conseguían rebotar en los satélites. Pisábamos la noche, sin mirar. Surcando rápido ¡fugaz! los pozos ni se desayunan. Despeinábamos arbustos y los charcos, al pasar, quedaban secos.

-¡A la luz! ¡No te detengas! ¡A la luz!

Petrificamos el cronómetro -"¡no pares!"- ¡reventamos alambradas con el pecho! ¡Desatamos huracanes! ¡Detuvimos corazones! Nos reímos a las risas y pasamos por la puerta. La luz roja del cartel quedó cegada por las fucsias, interiores.

-¡Feligreses! ¡Bien León! ¡Canonicémoslos de nuevo! Tráeme almas, ¡arrebáñalos a todos!

Allá fue, como los perros ovejeros. No mordió, pero por poco. Mientras tanto, fui subiéndome, por medio de las sillas, a las mesas. Con altura, logré ver innumerables puertecitas.

-¡Dormitorios! ¡Haz que todos se levanten, cardenal!

Era lo mismo que muchísimos tifones. Por la forma de golpearse, parecían embrujadas y, las luces, por el raudo pestañeo, tartamudas. Fucsia fucsia fucsia negro fucsia fucsia negro fucsia fucsia negro. Se cortó. Sentía viento por el rostro, pero no veía nada. ¡Páfí ¡pafí ¡páfí ¡pafí ¡páfí ¡pafí los portazos parecían bofetadas a Satán. ¿Torturador? Atado no le pegaría,

ciertamente. Pero, suelto, ya lo sabes. ¡Fucsia! Todos se callaron, con la luz.

-Estáis desnudos, ¿y dormís? O tenéis ropa que vestir, o tenéis tiempo para puntos suspensivos. Ambas cosas, está mal. Jesús podía permitirse la pobreza no por hombre: por Mesías. No vosotros, algo menos hijosdó. Poneros rumbo que, la brújula, con sólo caminar, orienta vicios y virtudes con sinérgica simbiosis. La desgana, tan horrible como todos los infiernos, es también -oíd los médicos- un tipo de necrosis.

12

Adopción

Hay menos ángeles sin padres que mayores sin pequeños.

-¿O í bien? No puede ser. ¿En el prostíbulo?

-¿Qué dices? ¿Por qué no? Jesús tampoco desechaba, por su forma de vivir, a las personas. Al contrario, las trataba de librar.

-Y, ¿sabes qué? Nosotros somos un ejemplo. ¿Quién jamás nos ha mirado con sus ojos?

-Es verdad. ¡Qué bien hicimos en traerlo!

-Sí señor. Lo merecía.

-Merezcámoslo nosotros.

-¡Escuchémoslo!

-Jesús, que lo nombrasteis, era más que la palabra de su nombre. Más aún que, transparente de costillas, un sagrado corazón. ¿Queréis oír una leyenda?

-¡Por supuesto, Santo Padre!

Los leprosos, como siempre sucedía, comenzaron a rodearme.

"Dios, el Padre, conversaba con Jesús:

-Serás herido, maltratado, te querrán hacer sufrir con variadísimas crueldades. Cargarás, en un crudísimo calvario, con la cruz donde, después, te clavarán. Sobre la frente, te pondrán una corona truculenta, ¡dolorosa! Dejarán que te desangres con eterna lentitud y, cuando ya tu sufrimiento los aburra, pincharán tu corazón y volverán a sus hogares bostezando.

-Pero... ¿puedo ser feliz?

-¿Y quién ha dicho lo contrario?

-Pues, entonces, ¡naceré cuando me digas!"

Toc toc toc toc. Se venía lo mejor, cuando tocaron a la puerta. Los leprosos se miraron.

-¿Quién será?

Con discreción, verificaron a través de las cortinas.

-Ay mi Dios. Son señoritas del burdel.

-¿Estás bromeándonos? ¿Acaso las conoces?

Los leprosos otra vez se distendieron.

-¿Santidad?

-Abrid la puerta, por favor. Si, las ovejas, descarriadas, el pastor, incompetente.

-Buenas noches, ¿las podemos ayudar?

-Ustedes no, pero, quizás, el que le dicen Santo Padre. Nos dijeron que golpearíamos aquí.

Tomé la voz:

-Dijisteis bien, según escucho. Sobre todo, por la parte del quizás. Porque los ángeles no llegan a cazarte de los pelos si no saltas por ti misma, con tus pies. Entrad aquí.

Con una torpe reverencia, procuraron saludar. Seguí contando la leyenda, porque todos aguardaban el final:

"-Hay otra cosa,

dijo Dios. Pero, Jesús, como podría ser feliz, tenía paz.

-No te preocupes. Lo que sea, lo sabré sobrellevar.

-De todos modos te lo tengo que decir: habrá malísimos poetas pretendidos, por doquier; de los que toman una frase sin valor (no tienen otras) y, tan sólo, le dan intro cada dos o tres palabras. No merecen un renglón, pero, ridículos, las llevan a la página. Confunden un poema con

La nieve

cuando trato de reír (versión amarga de la risa)

cruje más

que si la piso.

No soy yo;

soy alguien más.

Tu corazón es mi Siberia.

No te pido que seamos

envidiables

sólo pido

que seamos,

eso pido.

Mira lúgubre la tarde.

-Q ¿qué me dices?

-Lo lamento.

-¡Pero, Padre! ¡Por piedad! Este suplicio ¡por favor! ¿no me lo puedes evitar!?

-Es imposible. ¡Son muchísimos! Millones, hijo mío.

Por primera vez en miles de milenios, las facciones de Jesús se derrumbaron de llorar.

-Será difícil, padre mío. ¡Vaya prueba que me pones!

Si sus lágrimas contaran como lluvia, no tendríamos América: las aguas del Atlántico serían, además, las del Pacífico. ¿Sirenas?

Los leprosos se miraron.

-¡Es verdad!

Desenfundaron sus pistolas y movieron levemente las cortinas.

-Patrulleros. Maldición.

-Su Santidad, no se preocupe. No nos vieron todavía.

-Qué despacio que circulan.

-Olfatean.

-Bien. Cubramos las entradas. Señoritas, por favor, ustedes salgan por el fondo, por si llegan a rodearnos. Si la cosa se complica, se lo llevan.

Gritos. Vértigo. ¡Disparos! Luces. Autos. Policías. Descontrol. ¡Un helicóptero! Disparos. Humo. Cascos y casquillos. Los leprosos son así. Disparos. Vidrios. Corazón. Silencio. Límites. Latidos.

13

Coreomagia

Con las yemas de varitas

-Por favor, ¿me pasarías el sostén?

-¿Cuál de los dos?

-Su Santidad, ¿usted qué dice?

-Tus pezones son bonitos. Que se vean.

-Pues, entonces, ¿sin sostén?

-No me comprendes. Trae aquí. Con las tijeras.

Recorté dos circuitos estratégicos.

-A ver... Ahora pónelos.

-¡Perfecto Santidad! ¡Qué puntería! Son muy cómodos, ¿por qué no se fabrican?

-Digo más: las taparía del mentón hasta los pies y dejaría, solamente, que se vieran los hoyuelos.

-¿Los hoyuelos?

-Date vuelta.

Le toqué los dos pocitos que se forman, a los lados de las vértebras lumbares, en las chicas.

-Estos mismos. Son la parte más exótica del cuerpo. Las demás me tienen todas sin cuidado.

-¡Qué pureza, Santidad!

Besó mi frente con su rouge y se volvió, para brindármelos de nuevo mientras ella se cambiaba. Conversaban mucho más que los leprosos.

-¡Caravanas por favoor!

-A ver, maquíllame. Con tanto cigarrillo no me veo.

-¡Polvoo!

-¡Faldaa!

-¡Portaligaas!

-¡Brazalettee!

-¡Peluquíin!

-¡Aceitee!

-¡Mediaas!

-¡Uñaas!

-¡Látigoo!

De golpe, ¡clap! ¡clap! ¡clap!, entró la madre superiora.

-Con permiso, Santo Padre. ¡Vamos chicaas! ¡Es la hora!

Con febril velocidad, se terminaron de poner lo que pudieron.

-¡Si rezaran como charlan!

comenté. Se trastocaron unas risas, ya con algo de telón al descubierto. Murmuraban griterío. Las hermanas congregadas no podrían hacer votos de silencio. Por lo menos, silenciaban a León con su barullo. Comparado, parecía tranquilito. De repente, las muñecas del pianista se cambiaron de falanges y la música mudó de parecer. Con el enroque sucesivo del trilerio, quedó virgen, con un dejo de rubor. No misteriosa, sino mística. La madre superiora controlaba que salieran en perfecta sincronía. Les marcaba la cadencia con un toque de palmada. "Todas juntas valen menos", les decía. No debían agolparse. Los ensayos eran siempre por la tarde. Las funciones, por la noche. Las mañanas, imposibles. Las meriendas, a deshora. Las preguntas, a destiempo. Ya venían con los grises, de común, al rojo vivo. Sus problemas eran siempre del estilo del que cae con la soga del pescuezo, ya sin piso. "Santo Padre vengo" ¡tuc! Yo, por las dudas, les había repartido, con prolija previsión, extremaunciones. Los consejos que pedían no podían ser más nada que consuelo. ¿Biografía? No tendrían epitafio, ni siquiera. Que bailaran, resultaba milagroso. La manera favorita del Señor de demostrarnos su poder, es a través de las personas. Se fumaban el incienso de la misa que,

después, cuando tenían, recargaban de tabaco. No dejaban cigarrillo sin quemar. "Confiesa todo. Todo menos los pecados de la carne -las solía prevenir- que no lo son." A veces no necesitábamos incienso: con el humo que fumaban, lo suplían. "No se ciñan a mostrar. La seducción es, más que nada, la manera de taparse. Ni, tampoco, se descansen en taparse: ni taparse ni mostrar es suficiente. Lo que vale, mucho más que las acciones, es el modo. Cuando bailen, consideren que bailar es, más allá de lo que digan los coreógrafos, el arte de cubrirse con dulzura, con misterio, con violencia, con pudor o con maldad, según el ritmo, pero siempre con esbelta donosura." Lo que queda sin mostrar es componente de lo bello, como puedes observar en esta misma catadura, sin moverte del papel. Yo compartía los consejos de la madre superiora. Buenas artes. Erotismo, mucho más estimulante que cualquier pornografía. Las hermanas, al revés de los leprosos, eran lindas. Eso mismo las hacía menos rústicas: había que tenerles algo más de contracción. Como las rosas que, sin suelo, se percuden. Bellas artes. Lo primero que destruye, comúnmente, la catástrofe. Bailando todavía, sin apenas descuidar los movimientos, comenzaron a volver.

-¿Qué tal estuvo?

pregunté, sin levantar concentración de mis escritos. Y, de golpe, me tomaron con furor de los cachetes.

-¡Es un genio de la moda, Santidad!

Los dos pezones, exultantes, asomaban del sostén, acaudalados. Las ofrendas de la misa son motivo de pecado para muchos feligreses que, de pronto delicados, aprovechan a librarse, sin el mínimo pudor, de los billetes más ajados del bolsillo. ¡Los más sucios! Estos no. De su corpiño, florecían los crujientes.

14

Cheguevara

- **V**amos ¡muévete!

Sabía combinar el empujón con el pechazo. Sobre todo, si trataba de sacarse, como perro de las piernas, a su hijo del costado. Cheguevara la siguió con unos ojos indecibles.

-Desconfía del convento que no tenga monja mala.

-Cuasimodo: para ti reflexionar es sencillísimo, ¿verdad? Amigo mío: porque nunca te dirán hijo de puta. Pero yo nací sin resto, condenado.

-Son los padres, en verdad, los que tendrían que llevar el apellido de los hijos. Sólo vive de tal forma que, de grande, no te tengan que decir padre de puta.

Conseguí que se riera, por lo menos. Enseguida, lo vinieron a cortar unas hermanas.

-¡Hoy es nuestro día libre, Santidad! ¿Nos acompañan?

Ya tenían al pianista.

-¡Cómo no! (Salté de golpe de la silla, que, salir, es ocasión de predicar) ¡Arriba! ¡Vamos Cheguevara!

Ya León nos aguardaba, como perro sin jardín, sobre la puerta. Cheguevara se paró sin que tuviera que decírselo de nuevo. Buen indicio. Rulos. Ánimo. Saquito. Buena ropa. Cuero. Botas. Caravanas. Buen perfume. Maquillaje. Risas. Labios escarlata. Buenas pieles. Entusiasmo. Mangas lindas. Hombros jóvenes. Caída de vestido. Puños bien finalizados. Buenos cortes. Caminábamos flagrantes, divertidos, a través del gabinete principal, en dirección a la salida, cuando, justo, se sintieron, como quien tamborileara con violín, unos grititos provenientes de la puerta, cómo no, de la mamá de Cheguevara.

-¡Basta! ¡Basta por favor!

gritó con ráfagas de voz, mientras golpeaba.

-¡Vete ya -le respondió- que te reviento!

Los agudos comenzaron, otra vez, como pequeñas navajitas en los tímpanos. Los brazos, lentamente, comenzaron a pesarle. De su frente, se podía decir algo parecido, sobre todo por la

¡Rayos! Se quemó con el pestillo. Vaya salto de los dedos. Lo miró, pero sin músculos, pequeñamente frágil. Aterrado. No tenía más molares que poderse triturar.

-Hasta mañana.

Nos lo dijo sin mirar y se volvió, cansinamente terminal, en dirección a su guarida. Lo seguí, porque jamás he de perder las esperanzas:

-Es mentira que Jesús al recibir en su mejilla la primera bofetada, de seguido, permitiera la segunda. No te dejes engañar.

Sufrid en calma, pero no sufráis dos veces. Yo sabía que podría comprenderlo. Ya nos íbamos, con él en el rebaño, cuando, justo, crujió, muy inoportuno, sin modales, el pestillo de la puerta de su madre. Se volvió. Quedó de frente con un hombre que salía. "Ya verás lo que te pasa", masculló. "¡Que ya verás lo que te pasa!" Le tiró, con toda fuerza, los testículos al pecho. De seguido, se bajó los pantalones: "¿quieres esta!? ¿Quieres esta!? ¡Te la meto por los ojos infeliz!" y fue corriendo tan salvaje ¡tan cegado! que los pobres patovicas, al tratar de desprenderlo de su presa, se ganaron, ellos mismos, algún mal escopetazo.

15

Polofierno

Mucho más que feligreses, camaradas.

A sí derrotaron a duques y reyes, los zares. ¡Así se defiende Moscú! Los aztecas debieron rezarle, más bien, a su Dios del invierno. Sufridos, ¡helados!, los vidrios lloraban de frío. Las manos frotaban un falso calor. Calavera no chilla. Tragamos el asma. Caninos. ¡Molares! ¡Agallas!

Un poquito. La ventana, milimétrica, del ómnibus, silbaba su resquicio. De verdad, nos congelábamos en vida. Pero nadie se quejó, por más que todo, por el gélido cristal, ¡con las pupilas bajo cero! se veía siberiano. Los inermes pastizales parecían, mucho más, estalactitas. Si llegabas a caer sobre sus puntas, no sería nada grato desclavarte. Con el temple del faquir, los pasajeros resistían. Otra más. Con esta nueva ventanilla, los silbidos fueron dos. Los pasajeros, otra vez, convalidaron con silencio. Preferían abrocharse la campara, que pedir que las cerraran. No se vieron sorprendidos con la cuarta porque nadie se movió con

la tercera. Ya los grados no podían competir por otra pizca de calor. La madrugada consentía con el sol en que la noche no viviera sino sólo de recuerdos. Los ojitos comenzaron a llorar. Estaban todos abrazados a sí mismos y los dientes crepitaban. Cada tanto, como látigo fugaz, aventuraban una mano para, gélidas, abrir un poco más las ventanillas. Los silbidos pronto fueron vendavales. Labios tiesos, azulados. Hipotermia. Los pingüinos disparaban, aterrados. Se lanzaban a la ruta, sin colchón. Ya no quedaban ventanillas por abrir. Las lagrimitas que corrían por la piel se trastocaron en escarcha. Ni la nieve los lograba disuadir. Los esquimales les rogaban que cerraran, pero no: los pasajeros preferían congelarse. Polar ártico. Las máscaras de hielo no dejaban distinguir a las hermanas del pianista. Todavía parecían empeñados en abrir las ventanillas, ya -lo mismo que León- desde muchísimos kilómetros, al tope. Nada más a dos paradas de terneros que bajar, el cardenal salió del baño. ¿Qué cisterna? Matafuegos. Nos conoces: somos sangre, más que venas. Todavía con el frío por las nubes, nos podíamos mover. Descongelamos a los nuestros, y bajamos. Se volvieron a reír. Rememoramos las anécdotas y, muy especialmente, la del auto de la madre superiora: lo tomamos sin pedírselo. Después, como bebimos, lo tuvimos que dejar abandonado - como tantas otras veces. Comulgábamos en copa con los fieles convertidos, que salir sin predicar es tan inútil como

sólo predicar y no salir. Después, la madre superiora se diría lo de siempre: "¡Ya no puedo ¡maldición! emborracharme sin perder el automóvil! ¡Cuántas veces les he dicho que, por mucho que las pida ¡con insultos o ladridos! no me deben dar las llaves?! ¡NÓ!-¡mé!-¡dé!-¡bén!-¡dár!-¡lás!-¡llá!-¡jvés!!"

¿Has oído? ¡Qué fantástico milagro! Sucedió cada noche que salíamos. ¿Entiendes!? ¡Un vehículo! ¡Dos rumbos diferentes! El milagro de la doble dimensión. Este milagro, por alguna preferencia del Señor, se repetía de continuo. Quizás fuera que los crápulas le gustan.

Al llegar, ya con el sol a medias tintas, se podía, con bramidos resentidos, ¡satanásicos!, oír a la mamá de Cheguevara rezongándolo por algo. Se miraban, de seguro, con la rabia por la pera, venenosa. Decidimos omitir el desayuno, que las risas nos duraran unos últimos minutos hasta dar -porque veníamos cansados- cada uno con su cama, procurando no pisar, en línea recta, las baldosas.

16

El único Dios verdadero

Big bang. Cimbronazo de ritmo. Cigüeña. Milagro. Juguetes de nuevo.

Ya sin otra maravilla que soñar, abrí los ojos. Fue difícil distinguir entre los cuerpos y las sábanas: habían alcanzado, con el paso de las horas, similar temperatura. Las moví, con el mayor de los cuidados. De contrario, no podría levantarme. Del dedito, sosteniéndolas: muñeca, codo, brazo, torso, cuello. Bien. Así. No titilaron con la boca, ni siquiera. Les subí, con acomodo paternal, el edredón hasta taparles las orejas. Del bolsillo de mi propio pantalón, aún colgado de la silla, tomé lápiz y libreta. Retiré, de la mesita, los perfumes y, lo mismo que muchísimas pirámides atrás Akinimitab, escribí (no soy el papa, solamente. Soy el novio de las letras):

"No se puede ser feliz y no querer tener un hijo. Los espíritus, carnales. El vestido, convirtiéndose. La carne, por demás espirituosa. Conversión. Dificilísima la fe de las basílicas sin diosa. Comunión. Amenes

varios. Ofensiva, sin soldados en reserva. Nos esperan travesías ¡aventuras! con un sólo manuscrito, sin respaldo. Las ideas, en genéticos colores. Las moléculas trenzadas. Trinidad maravillosa. ¿Qué palabras te dijeron al salir a despedirte? Todos nacen con amnesia, pero yo te las repito: "para Dios, la santidad es ser feliz". ¡Recién ahora las recuerdo, con la simple, livianísima corona de los santos en la frente! No los padres a los hijos. Son los hijos, en verdad, los que reciben a los padres, con lloronas bienvenidas. Entre tantos extravíos religiosos, un acierto que contar: el niño dios. Como sabemos las que vamos a ser madres, Dios es niño."

Me vestí. Saqué la hoja. La doblé. Me despedí, con una muda bendición, de las hermanas, que dormían abrazadas, y salí sin hacer ruido. Caminé por los pasillos y, de lejos, escuché que Cheguevara se decía, regañándose: "¡No sirves para nada! ¡Cheguevara maldición! ¡Volcaste todo! ¡Niño tonto! ¡Niño tonto!!" Si seguía con la copia literal de los rezongos que solía recibir, se trataría de pegar una sonora bofetada. Por mi parte, simplemente proseguí, como privado de las comas, al origen del problema.

Toc toc toc.

Abrió la puerta.

-Bien. Por fin me necesita, Santidad. La monja mala, de común, es la mejor.

-Te traje algo de regalo,
respondí.

-Los infelices, de común, son los que vienen con regalos.

Se lo di.

-Los papas somos excepciones, como debes comprender. Es un poema para cuando Cheguevara te pegaba pataditas en la panza.

Se mostró desconcertada.

-¿Cómo dices? ¿En pasado? Llega tarde, ¿no lo crees? Deberías escribir otro poema más acorde con los tiempos. Vamos, mírame. La panza que decías, otra vez es una tabla. ¡Vamos! Tócala si quieres.

Es el precio de ser linda: no tener superpoderes.

-Con un poco de memoria nada más, recordarías que me gustan los hoyuelos. Por lo menos, recibiste tu regalo. Muchas gracias.

Me di vuelta. Con el viento del portazo, me caí. Con mucha menos energía de su parte, se podría levantar a Cheguevara. Qué penoso despilfarro que los fuertes tengan mala puntería.

17

De tal palo, tal paliza

- ¡Felicítame León! ¡Seré padrastro! Ya lo tengo decidido. Sí señor, ¡estoy feliz! Adoptaré, con apellido, con hogar y con amor, a Cheguevara. ¿Qué me tratas de decir? ¿Que tiene madre? Por supuesto. Pero, ¿padre? Vas a ver: en unos días, no podrás reconocerlo. Las personas carilindas, cuando tienen referentes en la mesa, lo son más. Están mejor iluminadas. ¿Qué me dices? ¿Que los hijos no comprenden a los padres? Es verdad. Algunas cosas no se pueden aprender con los oídos. Imagínate: ¿podrías explicar la varicela, con palabras o terror, a las defensas de tu cuerpo? Necesitan enfermarse por lo menos una vez. Recién allí se desayunan. Cheguevara ya pasó por muchas cosas: varicela, sarampión, coronavirus... ¿Qué más quieres? Será fácil entendernos. Acompáñame León, ¡estoy ansioso por decírselo! Será maravilloso ver su cara.

Parecía que las risas intentaban, a la par, jugar carreras con los pies. Atravesamos corredores como bólidos, ¡sentía desarmarse mis caderas! ¡Reventar mi

corazón! Y qué fantástico se siente - con razón no tiene lengua: Dios predica con acciones. "¡Aleluya! ¡Buenas nuevas Cheguevara! ¡Buenas nuevas!" y, de bruces, al meternos en su cuarto, nos topamos con su cuerpo, suspendido del dolor, con una soga. "¡No te rindas hijo mío! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Levantémoslo León!"

El cardenal tenía fuerza. Meses antes de nacer, a su mamá, le fisuró, con una bárbara patada prenatal, una costilla. Desgarramos la pintura de los gritos. Las hermanas acudieron enseguida, pero ya, de todos modos, ni cortándole la soga lo podíamos salvar. Los que se matan, comúnmente, mueren antes.

Al unísono, pegaron en el cuarto las rodillas de su madre. Me miró con unos ojos indecibles:

-¡Tú serás el responsable si me mato! ¿Santidad?
¡Hijo de puta! ¡Por tu culpa lo quería!

18

De regreso

*Los humanos somos almas como todas, pero más
aventureras.*

-Es difícil entenderse con los padres. Ayer mismo lo decíamos, hablando con León. Es que las grandes enseñanzas se comprenden a través de las vivencias y, por mucho que machaquen las palabras, las hormonas desconfían. ¿Es posible prevenir la varicela con rezongos? Eso mismo. Sin embargo, no sucede solamente con lo malo sino, más y sobre todo, con lo bueno. Como Dios es vuestro padre, ya no sabe qué palabras emplear. Como vosotros sois sus hijos, os negáis a comprender. ¿Os extrañáis? Así son siempre los domingos en familia. Cheguevara, sin embargo, como tiene la vivencia, ya comprende lo que Dios nos intentaba, con embriones y milagros, explicar sobre la muerte.

Los presentes sonreían, entre lágrimas. León hacía gestos de piedad. Los cavadores levantaron el cajón y procedieron. Las hermanas preguntaron a mamá:

-¿Lo dejará que nos visite?

-Bueno... sí. Pero de día.

Nos subimos, con el juez, en el vehículo. Papá no se dejaba de reír. El abogado comentaba: "no podremos alegar, en el futuro, ningún tipo de problema de salud. ¿Usted qué dice señorita? ¡Son más vivos que nosotros!" "¡Se da cuenta! ¡Qué novela que podrían escribir!" El de la cámara, cercado por los vidrios, fue quedando rezagado. Nuestros días de convento se tendrían que decir de poesía, mucho más que de novela. Los esbozos de la calle comenzaron a pasar. "Gracias a Dios los encontramos. Ven, abrázame cosito." "No parecen muy contentos." "¡Magistrado por favor!" gritó mamá. Sentí sus cuerdas por el cuerpo. Las disculpas, al togado, le vibraron en el rostro. Ya sentía la merienda por la boca. "¿Miel tenemos?" A León lo trasladaron a la clínica, directo. "Los leproso le bajaban el azúcar disolviéndola con grappa." (Lo leproso no te quita -comprendí- lo saludable). "Sólo miel", me contestó. Nos detuvimos a comprar. El almacén quedó mirándonos. "¿Es él?" "A ver, regresa con papá, que yo te compro". "Por favor, la del tarrito con abeja". La ciudad, en la medida que nos íbamos moviendo, levantaba cada vez un poco más los edificios y tupía los balcones. Calles tercas. Lento tránsito. Los números volvían el reloj en las esquinas con semáforo. La gente se llenaba de vereda. Los contornos, de colores. Las personas se contaban por

miradas. Las cubiertas no lograban completar un sólo giro sin tener que detenerse. Las baldosas embutían el espacio. Nada más a pocos metros, no lográbamos llegar. Ya los comercios me venían resultando familiares desde términos atrás. A duras penas, avanzábamos. Los rostros acercaban las narices a los vidrios y, los ojos, a los míos. En un tris, vi todo negro. Pasos. Tranco. Movimiento. Paf. La puerta, por demás inconfundible. Conocida. ¡Familiar! Olor a casa. Me sacaron el abrigo de mamá de la cabeza. "¿Merendamos?", pregunté. No respondieron enseguida. Me miraron, nada más, como los mudos, en insólito silencio.

19

Vaticano

Las paredes eran altas. Las columnas, infinitas y, las gárgolas, apóstoles. La plaza, circular. El obelisco, solitario como todos. Los turistas, feligreses. Al revés, en muchos casos. Con bermudas y remeras por adentro. Los conoces por las medias sobre todo, prolijitas. Las arcadas, importantes y, las cámaras, al cuello.

-¡Holy father! Please ¡a photo! ¿Could it be?

-¡Maldita sea! ¡Tú de nuevo! ¡Ya León! ¡Un crucifijo!

Reventó los adminículos del otro cardenal y me lo dio. Se lo marqué sobre la frente:

-¡Sortseunerdap ed nóllim nu¡ Saírameva lim atnevon sárazer! ¡Aicnedicnier ut sáragap¡ ¡Aroha las! ¡Seívsed et euq zev adac, ejudorp et omsim oy euq secirtacic sal ératroc! oirartnoc ed. ¡Sotneimadnam sotnas sol aicah nóset ut egirider! Etneicifus, ogneverp ol et, on orep, oirasecen se rarevesrep. ¡Sánatas, sednir et on!

-Por favor... El santo padre los aguarda.

-¿Qué me dice, cardenal? ¿A quién aguardo?

-Vengan. Vengan. Acompañenme.

Las lenguas del demonio son peores que sus actos. No podrías escuchar sonido menos agradable. Lo miré, con ojo clínico. Ya no regurgitaba.

-Bien. Sigamos, cardenal. El otro papa, ¿qué medidas ha tomado con los pobres? ¿Los perdona?

Caminamos por los vastos corredores, con piadosa lentitud. El cardenal apresuraba los pasillos, pero yo lo regulaba con mis pasos.

-¿Ves León? San Agustín, San Juan Bautista, San Onofre, Santa Clara, San Andrés... Allí pondremos a mis padres, pero menos afligidos. Más risueños. Como son, en realidad, las almas buenas.

Y, también, las buenas almas. Al llegar a cierta sala principal, un guardia suizo, de naranja con azul, pegaba tacos en la puerta.

-Moriría, por supuesto. Pero, mucho más difícil, ¿mataría por su papa?

Me miró con las pupilas, nada más. No con el rostro, de granito.

-Por supuesto,
respondió, sin vacilar.

-¿Y por el otro?

Le faltaron las vocales.

-¡Comandante de la guardia! ¡Venga ya!

De la puertita del costado, vi salir un uniforme.

-¿Qué sucede?

-Comuníquenos a todos que no velen por mi vida solamente. Que protejan, además, al otro papa, con idéntico desvelo. Que los pechos, además, cuando les pase por delante, les reviente los botones. ¿Cardenales? Ingreseemos, por favor.

Al otro lado de la puerta, sonreía, con papales comisuras, un anciano.

-Sólo mírenlo... ¡Por fin nos conocemos!

-Ha logrado, según dicen las noticias, inspirar a mucha gente, Santidad. ¡Lo felicito!

-Las imágenes que llegan a nosotros son iguales, Santidad. ¡Enhorabuena!

Lo divino parecía terrenal y, de revés, paradisíaca la Tierra.

-Cardenal, hay numerosos feligreses en la plaza de San Pedro que llegaron desde todos los confines ¡del invierno! ¡del verano! para ver al Santo Padre con sus ojos. Hoy, la misa, la daremos él y yo. Que le preparen un micrófono.

León y su colega se pecharon.

20

**Dios permite que se quejen los
inválidos, tan sólo. Los demás,
tenemos piernas**

Con el arte por doquier, esmeradísima, la plaza de San Pedro, con su forma circular, los abrazaba. Calurosa bienvenida. La diversa multitud de feligreses agitaba sus banderas. Las naciones parecían concurrir a confirmar que sus mentadas diferencias no son tales. Inglaterra. China. Rusia. Canadá. Brasil. Japón. Australia. México. Sudáfrica. Marruecos. India. Chile. Portugal. Y no faltaban las exóticas: Atlántida. Capurro. Chad. Seychelles. Uruguay. Escudriñábamos detrás de las cortinas.

-¿Son los mismos que solían escucharnos en lejanos pueblecitos, con las lágrimas al sol?

-Aquí tampoco tienen bancos, y se quedan.

Los apóstoles estaban casi ciegos de los flashes. Parecían más fotógrafos que fieles.

-Están flacos. ¿Trajo sangre? Necesitan una buena transfusión.

-Cuando se trata del espíritu, pastar es la manera de perder musculatura.

Las distantes escaleras elevaban el escaño.

-Ni siquiera precisábamos un puto cajoncito. Ni misales.

-El altar es un alcázar que se mueve con el cura, Santo Padre.

Nos quedamos meditándolo los dos.

-Es un destino que perdimos para siempre. Dondequiera que vayamos, la curiosa multitud será pomposa.

-Los cristianos no sospechan, Santidad, el sacerdote que se pierden, con un papa.

Coincidían en la misma solución que la tribuna del estadio. Preparaban el clamor como si fuéramos políticos.

-Jesús, ¿qué les diría?

-No lo sé. Las multitudes están mal acompañadas.

-Regalémosles espacio.

-Pero, ¿cómo?

-No saliendo. Que se queden o se vayan dispersando, pero, bien, consigo mismos.

Los arcángeles cuidaban del rebaño. Qué metáfora, por cierto, desgraciada. ¡Del “rebaño”!

-¿Dondequiera que vayamos?

Las ideas comenzaban a ganar prosopopeya. ¿Qué? ¿No sabes español? Será que sólo -de sencilla comprensión- has consumido catequesis. Futbolística, política, simbólica, cabal o mercantil, la comunican accesible para todos.

-Por fortuna, quedan tierras luminosas, pero no catequizadas.

-¡Comandante!

Caminaba desfilando. La cadencia de sus tacos combinaba, con artísticos modales, la violencia con la paz.

-¿Su Santidad?

-Necesitamos que prepare, con la máxima reserva por favor, una cuadrilla. Viajaremos esta noche, sin vorágine ni fotos.

21

Pajarito con patatas

Si se trata de creyentes de verdad, los disolventes aglutinan.

Conversábamos sin prisa, disfrutando de la charla. Cuandoquiera que muriéramos, igual la seguiríamos después, al otro lado de la vida. Con un leve movimiento de los dedos, me lo traje de los tímpanos:

-Los feos, Santidad, desarrollamos otra clase de poderes. Sólo tenga la correa de León. Está nervioso.

Las burbujas del hervor nos reventaban en el pecho. Las palabras del final, en las estrofas. Ya los bordes de metal, al rojo vivo, no podían ni rozarse. De la guardia, no quedaba sino tela. Nos tiraban los huesitos a la olla.

-Cardenal, está sufriendo, ya lo sé. ¡Si sólo viera sus pupilas! Pero yo, que soy tocayo de los ángeles, le tengo buenas nuevas: ¡ya termina!

Me miró con las facciones del que ve que su dictamen, en el juicio de los muertos, es el menos

favorable de los dos. Lloraba seco, ya sin lágrimas, lo mismo que Jesús, si se tratara de la sangre. Sendas gotas. Digno siervo para digno profesor. Supieron dar hasta las últimas. Allí, no nos hicieron un tajito ni siquiera. De seguro, les encanta la morcilla. De repente, las burbujas comenzaron a romper con un aroma nauseabundo. Nos miramos. Un profundo malestar nos invadió. Su Vaticana Santidad, acostumbrada, mucho menos que cualquier encenegado capellán, al mal olor, se puso verde. Las lombrices y las ranas y los tantos condimentos que teníamos flotando comenzaron a saltar, a las arcadas. Imposible fetidez. Entonces sí, nos lagrimearon los ojitos a los cuatro. Rendición. ¡Jamás había pronunciado semejante palabrota! Nos ardían las narices. El olor se gangrenaba con el férvido jadeo del calor. El paraíso se quedaba sin ozono. Los pilotos y los ángeles, inertes, comenzaron a caer. Los aborígenes, con tristes ademanes, nos vinieron a sacar, decepcionados. "Cardenal, hubiera sido preferible terminar en sus estómagos." Los tres nos encontrábamos unidos en un sólo tribunal inquisidor. "Es que, comprendan, con el miedo que tenía, ya mi panza..."

Nos volcaron, sin dejarlo terminar. Alrededor, del pobre pasto comenzaron a brotar, como clamando rendición, banderas blancas.

22

Enviados

Nos trataron de lavar, sin acercarse demasiado. Repelíamos al mismo Satanás. Cargaron agua -por lo visto, no sabían del jabón- y nos baldearon. De seguido, nos colgaron a secar, de las muñecas. Era tarde. Se marcharon a dormir y nos dejaron al cuidado de la luna. Las caderas parecían reventar. Los pies pesaban toneladas. El milagro de la doble dimensión hubiera sido, sobre todas las opciones, un escape de película. Posible, pero no. Dios no se deja presionar. Sólo repite los milagros cuando quiere. Si no no. No siente culpa. Se ve más interesado por doblar las alegrías ¡por sumar su corazón a los que gozan! que por sólo consolar las amarguras. De los dos, un cardenal lo parecía. Su colega, no dejaba de llorar y lamentarse.

-Cardenal, ¿por qué no reza?

Ya los hombros parecían dislocársenos. Al frente, la salvaje creación. Había tantas que, más bien, eran los árboles que, lánguidos, colgaban de las lianas.

-Como vea que rezar lo descompone, llore todo lo que quiera, cardenal.

Alrededor, con kamikaze merodeo, los mosquitos. Murmuraban el peor de los rugidos de la fauna del Señor. Si Satanás nos susurrara los pecados en su lengua, no sería necesario confesarse.

-De seguro, con un sólo guardia suizo que quedara, nos salvábamos.

-Descuide, que jamás exoneraron de morir, amén de todos sus esfuerzos, a ninguno de los papas.

Implacables, las estrellas nos miraban sin bajar a rescatarnos.

-Cardenal: si lo dejaran elegir entre morir o continuar en este mundo para siempre, ¿qué quisiera?

Le costaba responder. El inhumano malestar lo derrotaba.

-Ya vivió lo que tenía que vivir, ¿usted qué piensa, Santo Padre?

-Lo peor, Su Santidad, es que parece no saber a lo que deben renunciar los inmortales.

-En verdad, es discutible. Quizás nada de lo dicho por la biblia sea cierto. Quizás hemos malgastado nuestra voz en tonterías.

-Es probable. ¡Qué feliz desilusión! Ya no tendremos que guardar los mandamientos. Imagínese

morir y no toparse con las puertas del edén ni con la luz ni con el túnel.

-Por lo menos, Santidad, en ese caso, ni siquiera lo sabrá.

-No lo diría tan seguro. Todavía sin edén, aún así, quizás quedemos atrapados en un limbo de conciencia, por ejemplo.

-Tiene toda la razón. Sin mencionar otras opciones todavía mucho menos agradables.

-Cardenal, ¿quizás es eso? ¿Necesita confesarse?

-Comencemos cardenal, pero resérvese, le pido, lo peor. Se dice todo, no todito.

Fue la gota que colmó sus prevenciones.

-¡Están locos! ¡¡Están locos!! ¡¿Que no ven lo que sucede?! ¡Dios castígalos! ¡¡Castígalos!!

En medio de su sorda, graciosísima quejumbre, la maleza se movió.

-¿Su Santidad?... ¡Su Santidad! Sargento, cierren el perímetro. Cuidado con los árboles: atentos tiradores. Paramédicos, avancen: los tenemos. Rescatistas, verifiquen que no tengan explosivos cazabobos y desátenlos. Cambiamos de canal a la frecuencia tango gama.

Se trataba de muchísimos arcángeles soldados, con calibres que podrían derrumbar el firmamento.

Nos bajaron con el máximo cuidado. ¡Qué dolor! Habían sido tantas horas que llegaba, con los dedos, a rascarme las rodillas.

-Si no fuera por sus gritos, cardenal, jamás hubiéramos podido conocer su posición.

-Ahí lo tiene cardenal, ¡nos ha salvado nuevamente! Ya veremos cuál será -porque los dichos populares, aunque tontos, nunca fallan- la tercera.

Sigilosos, nos llevaban sobre cómodas camillas. Bien atados.

-Extracción, cruzando límite Verdún. Sin novedades.

-Comandante, ¡comandante!

-¿Santo Padre? ¿Viene bien?

-Perfectamente, pero noto poco ruido. ¿Nos dejamos a León?

-El cardenal, para que no nos delatara con su brío, fue sedado.

-Muy bien hecho, comandante. Si le sobran unas dosis me las deja, por favor. A veces, sólo con un golpe, no se duerme.

-Lo lamento, Santidad. Las que quedaban, las usamos en el otro cardenal.

No pude menos que reírme. Desperté... ¿sobre las nubes? ¿Asunción? Los helicópteros volaban,

avispados. Los veía, numerosos, a través de las ventanas. En la puerta, con las botas al vacío, sostenido por enormes orejeras, un arcángel apretaba, de sus dos empuñaduras a la vez ¡enamorado de las miras! un cañón.

-¿Y los demás?

El paramédico, tratando de ganarle, con su voz, al inaudible terremoto de las hélices, me dijo:

-Santo Padre, van en otros helicópteros.

-Muy bien, así, si somos impactados, no nos matan a los cuatro. Me parece que León ha despertado de su dosis.

-Puede ser... ¿Por qué lo dice, Santidad?

Un helicóptero volaba por el aire del borracho.

-Sí. Descuide Santo Padre. Ya llegamos.

Comenzamos a bajar. Me daba cuenta por las nubes, que subían. De repente, la visión se despejó. Nos encontrábamos volando, tan azul que parecía de cristal, en el océano. Copiosa, superando la lejana vastedad del horizonte, se veía, con cristiana sobredosis, una flota. Descendíamos a vuelo controlado. Ya podía distinguirse multitud de marineros vitoreándonos. Les di mi bendición, con el saludo crucifijo de los papas. Nos quedamos suspendidos, maniobramos y, con pulso de poeta, nos posamos, con la misma suavidad del algodón, en un inmenso portaaviones, al costado de los

otros helicópteros. Formaban, a su largo, numerosos uniformes. Nada más poner un pie, sentí su júbilo vibrar por la cubierta. Los radares revolvían ovaciones. Con la mano, diagonal, a la visera, los zapatos de charol y los botones a la nuez, el almirante de la flota saludó. Le respondí como las altas dignidades se merecen, al igual que las humildes: con un gesto de sincera bendición. Así la mano que perdura. Caminé con dirección a las valientes formaciones. Al llegar, abrí los brazos:

-Alegraos, ¡habéis papam!

Devolvieron el abrazo bajo forma de preciosos vozarrones. Con un gesto de mi mano, los callé:

-Sentid orgullo de los hombres que, también uniformados, no volvieron. Hoy, a cambio de la carne que brindaron, tienen mucho más espíritu del, ya grandilocuente, que podríamos honrar con ceremonias o palabras.

Otra vez, lanzaron vítores al aire. Con un índice bastó para volver a silenciarlos.

-De contrario, muchas almas, todavía, tienen miedo de morir que, como saben, es lo mismo que decir que tienen miedo de vivir. Oremos hoy por esos tristes corazones que no logran ser valientes.

Esta vez, resultaría más difícil aplacarlos. Ni mi mano parecía suficiente, ni los grados (comparables a

cualquier constelación) del almirante. Ya muy pronto, porque Dios es testarudo como César, otra vez nos hallaríamos, inermes, en la Plaza de San Pedro, todavía -con el tiro por atrás- ante más grande multitud de feligreses.

23

San Fermín

La contracara del amor, es la miopía

Procuré con las palabras y los dedos.

-Ya, mamá, ¿por qué no lloras?

-Ay, amor, porque venimos tan felices con papá que no podría.

-¿Te viniste de tan lejos, en avión, sin una lágrima?

-Cosito, te trajimos otra cosa, que, seguro

-¿Qué podría ser más lindo?

La corté. Se sonrieron entre sí, con pulmonares, contenidas carcajadas, me tomaron de las manos y me dieron, con ternura maternal, al parecer, una noticia.

-Los doctores te mandaron un remedio. Ya verás. Es uno nuevo que sacaron hace poco. Como sabes, tú naciste con algunas diferencias: al correr, te cansas más; algunas cosas te resultan más difíciles; te tienes que

quedar por unos días en la clínica; no sabes manejar el celular; y todo eso. Por ahora, los remedios ayudaban, es verdad. Pero, con este, te mejoras por completo.

Sus pupilas titilaban.

-Está bien.

-Y le trajimos a León.

-Si no le daba de mi frasco,
respondí.

-¿Se quedarán?

-Nos quedaremos.

Me reí con alegría.

-¡Bien! Entonces acompáñenme.

-Sí sí, pero, primero, tu pastilla. ¿Quieres agua?

-No, la muerdo.

La comí. Con la pastosa redundancia todavía por la boca, salí largo, por eternos corredores. "¡Vengan! ¡Vengan!" Las columnas, imposibles de contar, pasaban rápido. "¡No corras! ¡Ángel! ¡Ven! ¡Cosito vuelve!" ¿Dónde viste que los ángeles corrieran? Ya las alas no me daban de volar. Eran los santos que corrían hacia mí, despavoridos y, lo mismo que cometas, al cruzarme, me zumbaban. Sin rueditas. La viveza de la roca vertebraba sus estatuas. Los versículos cantaban tarantelas. "¡Vamos! ¡Síguenme!" Las puertas parecían de tabernas del oeste. Las rodillas, de relámpago.

-¡¡Deténganlo!!

La luz, a duras penas, me rozaba.

-¡Guardia déjelos pasar!

-¡A su servicio, Santo Pad

Perdí su voz de los bolsillos.

-¡Ángel! ¡Juicio! ¡Juiciooo!

Cuando quise darme cuenta, se sentían unos pasos conocidos a mi lado. Plaf plaf plaf plaf plaf. ¿No te gustan las antípodas? ¡Dos platos! Ya las risas, de seguro, reverberan a lo largo del papel. Los cardenales afloraban de las puertas, totalmente contagiados. El mismísimo León, ensimismado, se llevaba la correa. De común, hasta perdernos, no parábamos. ¡Habíamos surcado catacumbas! ¡Profanado la cocina! Desclavamos a Jesús de cuanta cruz se nos pusiera por delante, con veloces manotazos al pasar. ¡Originales antiquísimos volaban por el aire! ¡Los lingotes de la bóveda quedaban por el piso! Los eternos cardenales no dejaban de brotar de sus despachos. Más aún, se nos sumaban, bochincheros, en muletas, andadores y pantuflas. No dejaban de reírse, ¡parecían no correr desde pequeños! "¡Vamos! ¡Vamos cardenales! ¡Falta poco!" Yo quería que mis padres conocieran el mural donde, por siglos, estarían con el resto de los santos, pero, casi sin querer, en un descuido, vi correr a sor Inés entre nosotros.

-¿Sentís eso, Cardenales? ¡Es dolor! Abrid los poros, ¡impregnaos con la vida! ¿Qué? ¿Teméis a los sentidos? Tonterías. Quizás otro religiosos, es probable, pero no vicarios míos. ¿Quién ha sido más rebelde que Jesús? Pues, ¡aprended! ¡El mismo Dios ha concurrido para daros el ejemplo! Ya romped esos rosarios, que rezar es justamente lo contrario de pasarse murmurando pelotitas. Yo doy fe: las han tostado con las yemas de sus dedos. Ya podéis maravillaros, además, con otras cosas. Es momento de cambiar las pelotitas repetidas. Hoy tenéis por evidentes ¡por sublime creación! algunas viejas herejías. No por eso, Cardenales, amáis menos a Jesús, pero, sin dudas, Él os ama mucho más. ¡Que los herejes, por su lado, no se pierdan de rezar! Que se consigan un rosario. Que le den conversación y que no saquen conclusiones. No por eso serán menos ingeniosos, pero sí que se darán imprescindibles sensaciones.

Solidario con sus pares -incapaz, a todas luces, de regir su corazón con matemática política- León (que Dios lo tenga, con la lengua transversal, entre sus santos) escuchaba como todos, en el piso.

Sacudón. Los enfermeros a la vista. Por primera vez lloré con el rezongo de mamá. "¡Cuando te digo que no corras, ¡hazme caso!!" Le grité -¡qué sensación desagradable!- que los ángeles jamás han sido santos. La pastilla de León. "A ver, controla que la trague." Las

imágenes, las voces, ¡las palabras! resultaban achacosas. Era raro. Los colores, por sí solos, no lograban erizarme. Respirar era la misma decepción de, como páginas sin hojas, un perfume, sin aroma. Rosa plástica. Pesado, más profundo que los huesos, el cansancio me... ¿dolía? ¿Dije raro? No sería menos cierto si dijera deshauciante.

24

La salud es onerosa

- **V**amos, bájala con agua.

-No mamá. Con algo rico.

-Bueno, ven, que te compramos un refresco.

La despensa del alemán estaba cada vez más chica. "Me cansé de controlar que no robaran en el fondo, Santo Padre. Las heladeras, alejadas, tientan más que el demonio". Sin pensar, busqué la cruz por mis bolsillos. La saqué para, sin más, exorcisarlas, pero, bien, al dar un paso, me detuve. Mis rodillas parecían tener freno.

-Además, ya no se vende demasiado.

Lo miré, con una rara sensación. ¿Me preocupaban sus problemas? Intenté decirle algo, pero no. Se me pasaron los segundos.

-Ángel, ¿pagas?

-Cierto. Sí... ¿Cuánto dice?

-Vamos, trata...

Me faltaban unos números.

-El cambio...

-Por supuesto... ¿Cómo era?

Me costó lo suficiente para ya, por unas pecas, aprenderlo. Numerosas estampitas me miraban orgullosas.

-Souvenires, Santidad. A los turistas les encanta regresar con toda clase de cositas a sus pueblos.

Tragué ¡glup! con la garganta constreñida. Por la cara de León, también la suya parecía resistirse. Al salir, un indigente, sin pararse, con las palmas a los cielos, suplicó:

-Su Santidad, estoy cansado, ¡tengo sed! Lo que le sobre, para mí será bastante.

-Tenéis brazos, ¡tenéis piernas! ¿y vivís de montepíos? ¿Oís bien? ¡De montepíos, que son montos de piedad! Es un problema de cerebro, no de músculos.

León, que ya podía articular alguna clase de sonido, parecía que cantaba gregoriano. Celestiales, las nubes nos pasaban por alto. Las banderas auriblancas, con las llaves del edén en el batiente, se veían desganadas. Parecía que, llevándonos el sol, la tardecita nos vaciaba de sentido. Me costaba sonreírles a las fotos y, peor, a mis padres. León me resultaba cansador.

-No quiero más.

-Muy bien, ahora lo tiras en aquel contenedor.

Ya no sabía qué demonios hacer con el vasito. No recuerdo de qué fuimos conversando, pero sí que se me hicieron tonterías. Al llegar, tiré con fuerza. Del envión, quedaron todos salpicados con la lluvia del refresco.

25

Peoría

Nos tuvimos que volver. A mis padres les pareció mejor que estuviéramos cerca de la clínica, con doctores conocidos. Esta crisis es real: jamás me había resultado más difícil a mí, que a ellos. El futuro cobró forma de mochila. El pasado, de vergüenza. ¡Qué fotos insoportables! Aquella locura sólo se podía tolerar estando loco.

Lo peor del regreso fue llegar y ver a la gente. Los artistas nunca deberían conocer a su público, cientos de veces más miserables que ellos. Entre todas sus neuronas, no podría formarse un sólo cerebro. ¿Dije artista? Ya no estoy loco, pero sigo siendo un idiota. Releer aquellas páginas y ver la realidad ¡que no tenían una pizca de virtud! fue como ser echado a patadas del Olimpo. Hubiera sido menos doloroso no haber escrito jamás un sólo verso - y, por primera vez, el dolor me resulta molesto. ¡Nada rima! ¡Nada tiene colorido! El mágico, milagroso entramado de poesía solamente se encontraba en mi enfermedad, no en el papel.

-¿No te pone triste escribir?

-Yo que sé, León. No me parece que sea por escribir. ¿Todavía viene gente? Qué increíble.

-Nos van a terminar volviendo locos.

-¿La resaca?

Sonrió, con una nostalgia infinita. Decíamos que estar loco de atar era como vivir todo el tiempo borracho. Tomar, eso sí, nos mejoraba el color.

-¿Te pudiste zambullir?

Lo preguntó sobreactuando el gesto.

-¿Viste? Parecía un pelotero...

Respondí como tratando de soltarme una pequeñísima nimiedad del hombro. Si bien ahora sé lo fea que es, antes me gustaba mucho más la panadera de lo que ahora me gustan las chicas hermosas. Los doctores y los sabios... Hay exorcistas que te dejan, de verdad, desposeído.

-Dios, cómo pasa la hora. Me tengo que ir ¡entro en veinte minutos!

En lo que demoré en cambiarme los zapatos y ponerme un abrigo, quedaban diez. Ya estaba llegando tarde.

-No te olvides de las pastillas.

Las tomé como pegándoles. Ya no tropezaba con los escalones: bajé corriendo, con la precisión de una

bailarina de ballet. De todos modos fue inútil. El taxi libre no tenía ningún apuro. La sensación del reloj estrangulando es insufrible como pocas. El trayecto, como casi todo lo que sucede, no merece que le dedique una sola palabra. ¡Qué vacío tan estúpido! Mucho más que arder en el infierno, de seguro, en el infierno te congelas.

-¿Qué le debo?

-Diecisiete.

-¿Tiene cambio de cuarenta?

Y esto no era nada. Me volvería miles de veces más más normal si con eso pudiera regresar al pasado para estar de nuevo con mi hermana. ¿Es que no puede haber cordura sin tristeza? El corazón me pesa toneladas y mis ojos están siempre por llorar. He tomado conciencia cabal de su muerte, y para eso no hay pastillas.

26

Tan enfermos, en rigor, como quisieras denunciarnos. No dolientes

Para mucho pensador minimalista, las estrellas sólo son imperfecciones

“¿V es León? Allí tenemos una vasta multitud de feligreses a guiar, ¡multiplicados, otra vez, como los panes y los peces!

Agolpaban ansiedad, ¡expectativa! De tan henchidos, no cabían en la calle - ni nosotros, en el living de mi casa, tan radiantes como ellos.

-¡Ángel! ¿Y la cruz?

Me la busqué por los bolsillos.

-¡No la tengo!

-¡Ay cosito esa carita me la como!

Me llenó las mejillas de besos.

-Aquí la tienes.

-¡Muchas gracias!

Los leprosos, predicando por sí mismos, contagiaban su poder a los un poco menos fuertes: "¡Somos testigos! La bondad es el camino que reporta la mayor felicidad. ¡Lo que te da la fechoría, te lo quita la maldad!" Maravillosos teloneros. Las hermanas no dejaban de batir, a caballito, sus remeras. Ya León hacía canto gregoriano. Renaciente teocracia. Los pilotos erizaban el plumaje. Se pasaban al balcón, porque las ramas, con el peso, se doblaban.

-¡Cuánta gente!

-Sí papá. Mandé que todos, además, vinieran lindos.

Los guardias suizos de la clínica tenían las luces de la sirena prendida, sin sonido. Los balcones rebosaban de personas y pilotos. Entre varios edificios, asistía, bendiciéndonos, el sol. Pegaba justo, con la misma precisión de las pirámides. Un tal Akinimitab, cada vez que Nefertara se le duerme por la piel, es alumbrado por la luna. "¡San-to-pádre! ¡Car-de-nál! ¡San-to-pádre! ¡Car-de-nál!" Los sacerdotes ordenados aguardaban, ya con lápiz y papel en condiciones; ¡con los grafos en sus marcas! "¡Hay qué nervios!" ¿Hay qué qué? No comprendí. "¡Mamita linda! ¡La del tarro con abeja!" "Sal tranquilo, que tenemos un montón en la despensa. No los hagas esperar ¡que queda feo! Después vienen y meriendan, con León." Había varios feligreses que lloraban. Escritor hay uno sólo, como Dios. "¿Y tú,

mamá? ¿No tienes lágrimas?" Estaba distraída, por los brazos de papá. Las emociones inminentes. El futuro. Las cortinas desplegadas. Las cosquillas por los pies. Los pormenores ya los sabes, ¿desde cuándo me conoces? Hay algunos, en verdad, que ni siquiera los sospechas. La caricia del Señor. El sol bañándome la cara. Las palabras y la miel. Los feligreses se quedaron a bailar, por largas horas, en la calle. Las guirnaldas adornaron, para siempre, los balcones. Según todos, fue quizás la misa más emocionante que jamás se celebrara. No recuerdo si les pude decir algo: me parece que tan sólo me reí, como si, clara, ¡convincente!, la palabra de Jesús me poseyera los pulmones.

27

Con el alta por las nubes

¡No recéis con aydemíes! ¡Hay poetas!

-¡Vamos corre! ¡Corre rápido! ¡Más rápido
León!

Los elementos parpadeaban como flashes. El sonido se cortaba. Los matices se fundían. El sinfín hacía falta. Los relámpagos abrían horizonte. Los semáforos, en todos sus colores, daban cátedra de verde. Nos reímos quizás más que veinte mil humanidades, todas juntas. Con un único big bang, no dan los números: precisan agregarse diferentes creaciones. La correa de León se le caía de los dientes. Gutural, su campanilla trepidaba de contento. Sagitario nos barría los demonios a flechazos. Avanzábamos lo mismo que la pluma de Da Vinci. San Onofre saludaba, con la barba de pañuelo. Bendecíamos la Tierra ¡ya lo sientes en tus pies! a nuestro paso. Nada menos. ¡Entusiasmo! Nada más. Desdesencanto. Nos reíamos a

mares, con el alma. "¡Corre! ¡¡Corre!!" ¡Fuss! Entramos -azulejos, celosías y marfil- por una puerta. Mil millones de sandalias aguardaban el regreso de sus pies, en un rincón. Descomunal, la detallista profusión multiplicaba los mosaicos. Un cantante sostenía la belleza de mil jotas en bemol. Las media lunas dibujadas parecían tener filo. Los colores eran vivos. Los patrones, casi mágicos. También con similar disposición, una miríada de frentes, en vastísima, lejana multitud, se levantaron a la vez, para mirarnos.

FIN

Los textos que siguen a continuación son un obsequio de Plumigamia Ediciones para que sigas disfrutando de la lectura. No tienen relación con el texto anterior.



AÇAÍ

**LA
CREACIÓN**

© 2022, Ismael Linares
Montevideo, Uruguay

1. Primer día

La razón.

2. Segundo día

Los veleros.

3. Tercer día

Los sembrados.

4. Cuarto día

Los augures.

5. Quinto día

Los pesqueros.

6. Sexto día

Las agallas.

7. ¿Descansar? El veintiocho de diciembre.

Los embriones.

1

Primer día*La razón*

Los ignorantes son los únicos demonios -¡los mimosos de Satán!- a los que Dios les tiene miedo. Se le fruncen los testículos. Por eso, no lo quiso postergar. "Sea la luz". Y nada tiene de contrario con la noche que, seguro, le fascina. Yo lo sé, desde mi propio borrador: a semejanza. La luz es inteligencia, no fotones y, su falta, nada más estupidez. ¡Y nada menos! Cerrazón, como lo dice la palabra. La genética del títere: piolitas y cabeza reducida. ¡Fuera! ¡Líbranos Señor! A los maestros deberíamos llamarles exorcistas. Los malvados hacen mal, pero los tontos hacen daño. Con aquellos, es posible razonar, mostrarles puertas, agregar algunos datos en sus cálculos, amor, ¡felicidad! Pero, ¿¡con estos!?! Si si dices "el amor", y se te burlan ("¡pero qué sentimental!") y, como llegues a decir "felicidad", en el mejor de los supuestos, pensarán en vacaciones en la playa. Los que restan, no conocen el placer indescriptible de sumar.

Los que maltratan, no conocen el recíproco placer de consentir y los que pasan blasfemando no sospechan los insultos que podrían conseguir con elocuencia, más profundos, ¡memorables! Si Caín hubiera sido, más allá de sus envidias, algo menos ignorante, su maldad no devenía fratricidio, de seguro. Tanto más que, cuando son inteligentes, los malvados, de común, terminan buenos y, los buenos, cuando tontos, responsables de, lo mismo que las armas, un sinnúmero de males.

-He dejado de formarme.

-¡Reza mil Avemarías!

-He dejado de leer.

-¡Avemaría! ¡Reza miles!

-No le supe responder...

-¿Y qué querías? ¿Dos cerebros? ¡El que tienes es enorme! ¡Colosal!

Es lo que más nos diferencia de microbios y galaxias. ¡Más complejo que, quizás, el propio cosmos! Al igual que los artistas, Dios nos habla con flagrante claridad ¡más elocuente que muchísimos Demóstenes! por medio de su obra.

Sin fortísimas neuronas, el camino de Damasco, nada más ¡con semejante resplandor! provoca muerte cerebral. Pero San Pablo, para dicha de los hombres, las tenía.

Los titanes a merced, el porvenir en las agallas y los huevos en el nido. Como Dios no da molécula sin hilo, la puntada de la luz vendrá con ojos. Vas a ver.

2

Segundo día

Los veleros

¡Se me rompen del papel! De golpe tiemblan las estrofas. Vibración. Estrepitosa sacudida. Conmoción inexplicable. Pesadilla. La zozobra del temor... ¡Maldita sea! ¿¡Dije bien!? Se me confunde, la razón, con la locura. ¡Las ideas con el ruido! ¡Las palabras con la duda! ¡Dios! ¡¿Qué haces?! ¿Destrucción? ¿Apocalipsis? Pero... ¿¡ya! Si fueras otro, pensaría que, quizás, se te saltaron los tornillos. La vorágine parece revolcarnos por kilómetros. ¡¡Ayudaaaa!! Los tifones acometen entre sí, mezclando vértigo con bruces. Un hilito delgadísimo de luz, se ve constante, como fina telaraña. ¡Truenos! ¡Rayos! ¡Huracanes! El rugido de copiosos Belcebúes en manada. Confusión despavorida. Remolino, sin perímetros ni centro. Los versículos en todas direcciones. El resquicio de la luz, ¿está creciendo? ¿Veo bien? ¿O son ideas de mi pluma? ¡Cañonazos! Sinfonía napoleónica. Sin otra credencial, sus imponencias.

Megatones a granel. A veces Dios nos lo recuerda, por las dudas: Él nos presta su poder, pero conserva su control. Está clarísimo quién manda. Ni poeta ni lector. Parece ser... ¿un horizonte? Maremoto. Dimensiones torrenciales. ¡Es el cielo desgarrándose del agua! Vozarrones demoníacos; bramidos en recíproca, cruzada tempestad. Espuma ¡nubes! por un lado ¡por el otro! La distancia se libera de las olas, cada vez un poco más inalcanzable. Sus kilómetros arañan, con las últimas alturas que consiguen salpicar, el otro lado. Ya no parte, sino techo. Blandamente, tanto cielo como mar se van calmando. De las negras a las blancas. De las blancas al silencio. Ya no techo, sino bóveda. Seguro firmamento. Le bastó, para ponerlos a dormir, con unas leves cosquillitas en sus panzas. De los brazos apretados a las manos elevadas al Señor. De lo glacial a lo templado. Calma. Luz. Amanecer. En un segundo, se podía navegar a discreción, sin otro barco que la plancha. Por supuesto, no debíamos temer. ¡Agradecemos, con relincho de corcel, que, por fortuna, tiene fuerza! Come nueces en ayunas, de seguro. ¡Celebremos su poder! Inmensidad y movimiento. Fácilmente, se podía limitar a conformarnos con un mundo - pero quiso desafiarnos con la vasta libertad del universo.

3

Tercer día

Los sembrados

No podría describirse tanta paz sin parecer exagerado. Lo celeste se confunde, si miramos a lo lejos, ¡si fijamos las pupilas en el último confín!, con lo celeste. No sería muy difícil confundirla con la nada, pero, bien, cuando comprendes la divina matemática del agua, juguetona; cuando hueles el milagro de su sal; cuando te dejas a las olas ¡a la plácida merced de la marea! sobre lomos de tu propia liviandad, allí comprendes el alcance de los hechos. Lo contrario del desastre, con idéntico calibre. Vastedad a cañonazos. Formidable concepción. Antifinales. El azul, en su color, encierra tantos, que no pueden abarcarse ni, quizás, en veinte mil eternidades.

Un momento. Me parece percibir una corriente por los pies. Escucho, casi sin oír, en entrelíneas, un murmullo de cisterna. ¿De cisterna? Sí. Sin dudas. Ay mi Dios; ¿ahora qué? Sobre la sábana vastísima del mar, hay un puntito sospechoso. Nada grande, ciertamente,

si no fuera porque, bien, de Dios no puedes esperarte nada chico. Sus incólumes excesos son los propios del artista. No contento con el habla, nos obsequia con muchísimos idiomas. No contento con muchísimos idiomas, nos concede los divinos: el latín, y, porque no nos lo perdiéramos, el árabe, difícil de mirar y no caer enamorado. No contento con moléculas, la vida. No contento con la vida, ¡los humanos! No contento, nada más, con los humanos, los poetas. No contento, combinó, con lo cardíaco del árabe, la sangre del latín, así podían escribir en español. ¡Qué singular enredadera de perfumes! ¡Qué fantásticas raíces! ¡Qué litúrgico, sagrado misticismo! ¡Qué palabras! Qué magnífico, sabroso cruzamiento de sonidos. Qué feliz combinación. En mucho tiempo, cuando pasen los cristianos en el polvo, ¡cuando ya no quede nada de las últimas mezquitas!, cuando sólo, de los chinos inmortales, queden, vagas, hipotéticas Atlántidas, allí, con los milenios en la palma de la mano, se dirá que las estrofas más espléndidas se tienen que leer en castellano - sin perjuicio, por supuesto, de los t

Alto. ¿Puede ser? ¡Olor a tierra! Te lo dije pocos párrafos atrás, ¡de Dios no puedes esperarte nada chico! ¿Lo recuerdas? El puntito que veíamos, ahora, mucho más es un montículo. No deja de crecer, en extensión. ¡Es un islote! Cada vez adquiere más circunferencia. Sin obstáculos, el agua le navega por el lomo. ¡Por sus idas y sus vueltas y sus ríos! Los cartógrafos tendrán en qué

gastarse temporadas. Sus alegres toboganes. El relieve, tan tranquilo que se curva. Las colinas. Sus sinuosos recovecos. Tan inquieto que se parte. Las quebradas. Sus alturas, majestuosas. Roca madre. Tierra firme.

De pronto, la piel de la vasta corteza parece vibrar. ¡Te lo dije! Son brotes, en verde billar, germinando. ¡Creciendo! ¡Con flores y pétalos! ¡Troncos y copas y frutos! ¡Amén! ¡Los colores! ¡Amén! ¡Las especies! ¡Amén! ¡Las semillas! ¡Amén! ¡Y de nuevo los brotes! ¡Amén! ¡Y de nuevo las flores! ¡Amén! ¡Te lo dije lector te lo dije! ¡La vida! ¡Recién es aquí donde Dios hace gala de toda su fuerza! ¡Jamás en el caos! Con algo de fierro, cualquiera consigue que todos le teman. No todos consiguen crear, de contrario. Quién sabe si Dios es capaz de -tampoco los grandes artistas- decir de qué modo le salen las cosas. Quizás, lo que más nos importa de toda su obra ¡las almas! ¡el cielo! lo mismo que tantos milagros de plumas, cinceles o teclas, al fin, son verdades, sin fórmula. Tanta certeza te quita sabor de la boca.

4

Cuarto día*Los augures*

-¡M e rozaron la nariz! ¡Maldita sea! ¡Me quedaron ¿unas briznas luminosas en la punta!? ¡Me las veo!

-¡Va pedradaaa!

-¡¿Qué te piensas?! ¡Ten cuidado!

Le quedaban despeinándose las chispas de sus dedos. Qué demonios... ¡otra más!

-¡Si no me muevo, me la pegas!

-¡Lloriqueas demasiado! ¡Ven! ¡Ayúdame!
¡Tenemos que llenar el firmamento!

Sus potentes lanzamientos me zumbaban. Parecía divertido.

-Bien, ¡espérame! Ya voy.

Les daba forma con las manos. A sus pies, tenía, práctica, de fácil, atrayente rededor, una fogata de la cual tomaba llamas.

-¡Ten! ¡Inténtalo tú mismo!

Les di forma de distancia.

-Vamos ¡lánzala!

Lo mismo que las suyas, voló lejos a través de los segundos a través de los kilómetros voló sin detenerse ni caer voló fugaz por los capítulos voló como con alas no dejó por un momento de volar al otro lado de las órbitas voló

tuc.

-¡Buen lanzamiento! Trataré de definirle la rodilla.

-¿La rodilla?

-¿Que no ves? A todas luces, es Orión.

-Si tú lo dices... Ten cuidado, no le vayas a pegar en

Ya lanzó, sin escucharme.

-¡Vamos! ¡Tira! ¡Toma todo lo que quieras! ¡Hay lugar para millones!

Al pegar, quedaban fijadas, incrustadas en la faz del infinito.

-No titilan...

-¿Que no qué?

-Que no titilan

repetí. No parecía comprender a qué quería referirme. Saqué lápiz y papel, me conjuré con las palabras y recé mis oraciones, escribiendo. Sentí raudo, por las venas, el precioso borbollón de las hormonas. ¡Qué fantásticas estrofas conseguí! Qué milagroso resultado del idioma. De la forma que los ricos son capaces de donar, a trochemoche, pornográficas fortunas sin que nada se resienta su perenne, gigantesco patrimonio, yo también: dejé las hojas en las llamas. Adquirieron otra forma del color, como con bella rebeldía.

-¿Magia negra?

preguntó.

-¿Le pedirías a tus hijos que se priven de pecar en absoluto?

Los profusos lanzamientos dibujaban una carga celestial. Caballería meteórica. Tratábamos de dar, en puntería, con figuras que, por medio de sus puntos, "fueran algo". ¡Que después, los que buscaran en el cielo, las pudieran descubrir! Los niños juegan a los grandes y, los grandes, a los niños. Por instantes, me costaba distinguirnos, ¿cuál de ambos era Dios? En un momento, me distraje preparando mis estrellas. Al volver sobre mis ojos -todavía con partículas de luz como pompón en la nariz- ¡estaban todos sus impactos constelados! ¡Tan sencillo!

-¡Maldición! ¡Hiciste trampa!

Nada más lo perdoné cuando, después del despropósito del sol, me dio la mano de la luna. Si la miras con cuidado, puedes vérselo. Yo mismo se lo puse. De las tuyas, acercó, como juntándonos, las nuestras. Todavía siento, grata, la tersura de sus manos en las mías. Sin buscarlo, puedes vérmelo. Me brilla por el rostro. Por primera vez en todos esos días, lo vi pleno, felicísimo, ¡radiante! Nos habló, profundamente paternal, con el acento quebradizo de las lágrimas: "al cosmos, lo cultivo por millones de milenios nada más por esta flor". Y nos bendijo, con bellísima ternura, la dorada comezón de los anillos.

5

Quinto día

Los pesqueros

-Si los ama, ningún padre le pondría todo fácil a sus hijos.

Maldición. Ya comenzamos...

-Si lo piensas en voz alta debe ser porque lo dudas. No cometas tonterías, por favor.

Quedó sin gestos, como siempre que recibe sugerencias. Se podría sospechar que no le gustan los consejos. Nunca sabes, en verdad, si le saltaron los tapones o si sólo los está considerando. Me miró, con impasible suavidad. El muy maldito, comprendí, ya lo tenía decidido.

-Putá madre... ¡puta madre!

-No lo debes comprender para que sea de provecho.

Qué sencillo de decir cuando naciste con las cosas comprendidas. Sus estúpidas respuestas casi rozan el insulto. Ni siquiera tuve voz para quejarme. Cuando justo comenzaba, quedé mudo: como gástrico, sulfúrico grisú, de lo recóndito del mar, rompió de frente, con la trompa, para, luego de voltear, caer de nuevo, con ruidosas toneladas.

-Maldición... ahora ¡monstruos! ¡¡Maldición!!

De todo tipo. Se veían, como tajos en el mar, unos triángulos en círculo. De Dios, ¿esperarías algo poco colosal? Allí lo tienes. ¡El exceso de los sátrapas de Persia! La dorada profusión de mis estrofas. ¡Qué difícil ocultar las ascendencias orientales! ¿En Belén? Si fueras hombre sin disfraces, nacerías en la misma Babilonia.

-Bien. Escúchame. Si quieres presumir de creativo, ten cuidado del absurdo, porque ser original y no ridículo depende de muchísimo talento. No cualquier estupidez es creación, pero muchísimos estúpidos se quieren igualar con los artistas. Ni les place ni lo sufren: su difícil escasez es un eterno purgatorio.

Pero no. Ya no podíamos, siquiera, razonar. Estaba sordo. Comenzaron a salir, de sus oídos, unos monstruos voladores. Picos. ¡Garras! Antiarte. Cualquier cosa. Morisquetas. Aletazos. Me llovían una plumas inconexas. Qué distinta, la plural composición de lo barroco, de las cosas embutidas. Sólo falta que se

puedan -¡ante mí! Su Literaria Majestad!- multiplicar. Como me venga con ficciones infantiles, ya no voy a...

Qué recurso tan precario, por favor. Pasemos página. Qué lástima que (muy de vez en cuando) no podamos detectar, con la primera de sus frases, a los pésimos artistas.

6

Sexto día

Las agallas

-¿S abes qué? No viste nada todavía.

Me miró, con unos ojos que podían declararte vencedor en un sutil, imperceptible cabeceo. Sonrió con el mentón de los guerreros veteranos. Sus pupilas son difíciles y fáciles -severos algodones- a la vez. Se las sostuve, pero, yo, sin sonreír. Oí chispazos en la hierba. Nos mirábamos con toda la templanza de los hombres. Con el cariz invencible de las madres. Con los ojos afilados de la noche. Nos tratábamos de ver los pensamientos. El sonido, con somera parsimonia, no rondaba sin fallar en distraernos. Las pupilas restallaban con el ruido, sin sacárnoslas. Dudé. Le quise dar una trompada, por un lado. Los rumores cada vez pisaban más; como... ¿concéntricos? Vivir aquella suerte de locura, por el otro. Tú tampoco, si se trata de tentar, eres santito. Se lo dije con la vista, me parece.

Comprendió mejor que bien, estoy seguro. No podía despegar, como si fueran de lo mismo, mis pupilas de las suyas. Él tampoco de las mías, es probable. Los sonidos no dejaban de rondar, como los panes y los peces. Es la clase de talento que no puedes aplaudir, sin insultarlo. ¡Que no puedes insultar, sin aplaudirlo! Que le gritas, entremedio de los vítores, ¡maldito! Los olores que llegaban no tenían parangón con el perfume de las flores. Todavía sin mirar, imaginé su procedencia, mucho menos inocente. Tragicómica. No tan inofensiva. Sonreí, por un segundo. Qué genial malefactor. Qué pesadilla formidable de soñar. Nos comprendíamos. Sin algo de contraste, no se vive de la forma que podrías. La sustancia del placer se nutre más de lo contrario que de mero bienestar.

-Y todavía no sospechas lo mejor.

-Hijo de mil.

Así se tratan, en algunas circunstancias, ¿los amigos?

-Será todo lo que tengan de comer, amén de flojas verduritas.

-Eso no. Con la comida no se jode ¡maldición! ¡No tienes códigos! ¡¿Qué dices?! ¡¿Que tendremos que comernos a los monstruos?!

Otra vez, imperturbable, con los párpados del as bajo la manga. Surrealismo, con barroca profusión.

Inverosímiles excesos. Un rugido contestó, con menos música que dientes, en su nombre. La caverna del aliento. La llovizna de la baba. Comprendí: nos comeríamos. Así de sicodélico.

-¿Vendrás? le pregunté.

-¿No me conoces?

Me lo dijo como quien se lo relame, ya con todos los dolores asumidos. “Yo jamás me perdería semejantes aventuras.” Asentí

-Será difícil.

Como todo campamento memorable. Cada tanto, viene bien. Enamorarse. Pasar frío. Tener ganas de llorar. Desprotegerse. Como saben los artistas, la belleza ¡las mejores emociones! no se pueden levantar sobre certezas sino, sólo, sugerir, como quizaces. Con las llaves en el cuello, no saber a dónde queda la mansión. Andar a tientas. Animarnos a temer. Hombro con hombro. Ser capaces de reír ante cualquier dificultad. Sentir las mágicas hormonas de los fuertes palpitando por las venas. Contestar al desafío, redoblándolo. Ponernos. No tener otra certeza que la fe. Dudar de Dios.

-Y todavía no conoces al mosquito.

Volveríamos a casa con bellísimas anécdotas. ¡Con mil fatalidades que contar! Habría más innovaciones que los cánceres, el tiempo, las ideas y la

cruz. ¡Las borracheras! ¡El azar! Y cada vez que las rodillas nos temblaran; ante cada desazón; cuando los pasos fueran cortos y las leguas fueran largas; tarareando, con el frío por las muelas o, riendo, con los dientes en un vaso, nos diríamos, a modo de divinas emociones, "estas son las aventuras que buscábamos: aquí nos encontramos, de turismo."

7

¿Descansar? El veintiocho de diciembre

Los embriones

¿Y a conoces la profunda sensación de la tarea concluida? ¡Del milagro!, si prefieres. Y no pongo mis razones en el ruido del aplauso, que vacía. Voy, mejor, a cuando quedas satisfecho. ¡Más aún! ¡Embelesado! Cuando notas que tus propias pinceladas te provocan lo que mieles y licores y con una nada más que retocarlas, el embrujo perdería sus cosquillas. Es el piso. ¿Descansar? Recién aquí comienza todo. No se puede ser feliz y no querer tener un hijo.

AÇAI

ALAKHAI

BEKHI

© 2022, Ismael Linares
Montevideo, Uruguay

1. Propulsora

2. Cada santo con su credo

3. Sinfonía

Majestad, en su pezón.

4. Leer en Braille

No se trata de querer. Es una orden.

5. Lacrimosa

Por un tiempo, terminal.

6. Alakhai Bekhi

La princesa

1

Propulsora

Despuntaba, como versos venideros, el albor. Amanecer es una lúcida palabra, más allá de su belleza. ¡Qué sabroso paladar! El porvenir me perfumaba con su brisa: caminaba decidido, con boletos para Lhasa. La maleta, con su ronca vocecita, tarareaba las veredas. Ya tenía la nariz en el futuro. Mis ideas galopaban cuando, súbita, la roja se me puso por delante: barajada con el resto de los otros conductores, otra vez aparecían sus pestañas como finos abanicos orientales. La miré sin que -bellísima- me viera: poseída por sus ojos, evadida de los ruidos de la calle, se robaba los instantes de la roja del semáforo llevándose, sin prisas, una flor a la nariz -¿mejor que nada?- ya marchita. No lo quise ni, tan sólo, sospechar, pero quizás era la misma que guardaba de mi mano. Me pasaron los aromas por delante: no traté de comprender enteramente las palabras que dejó sobre la mesa. Sorbí paz, me recosté sobre sedosos, coloridos almohadones orientales, encendí la comisura del papel y respiré, con el perfume delicioso de los fósforos

soplados, el incienso combinado de la tinta, del oporto, del esmalte de sus uñas, del aroma de su piel y de la lágrima (desliz estrictamente singular) que no dejaba distinguir si, sin escrúpulos retóricos, había dicho fin (未) o, simplemente, no tan pronto (未).

Me tejían el destino. Fui de frente. Me miraron. Las miré. Les ordené que me cedieran el ovillo. Lo pasé por sus pescuezos y cinché. No procuraron resistirse. ¡Vamos! ¡Míralas morir! Por el contrario, parecían sonreír, agradeciéndome, las Parcas. Y seguí con mi galope decidido.

Nada más al ingresar a los andenes, retador, ante mis pasos, un mural me desvió con el piñazo de su mapa: ¿tanto mundo por andar a mi merced y yo viajando, nada más, en línea recta? Circundando por el norte también llegas al oeste, ¿quién me priva de romper, amén de todo, paralelos? No seré de los artistas que no labran, con esmero, sus derrotas. El milagro de mis arias no depende del suspenso. De común, los escritores necesitan que no sepas el final. Más atrevidos, los poetas lo regalan - ve leyéndolo si quieres: crujirá, bajo mis párrafos, la cama del Dalai, pero, primero, me daré de conocer las melodías de Mongolia.

-Los turistas, tan al norte, nunca van. ¿Está seguro?

-Dijo más de lo que sobra. Por favor (le di los yuanes), un asiento con ventana.

Con las vías, a medida que lo riegan, el desierto va tornándose pradera. Mar desértico de savia. Se revela con un verde tan intenso que su luz alumbra, más que los tentáculos del sol, el interior de los vagones. Dediqué mis energías a grabar ese color en la memoria: le cedí completamente mis pupilas. ¿Podré ver, en lo que resta de mis versos, energía similar? Los que te digan que la hierba ya no crece donde pisa Temuyín, jamás vinieron a Mongolia. Mucho menos, se tiñeron las rodillas con su pasto.

De verdad, ya no podía postergarlo: precisaba visitar al peluquero. Confrontado con el riesgo de toparme con tijeras oxidadas, no lo dudo: me decanto, sin temor, por lo seguro - voy al más afeminado.

Con la sola clientela confirmé mi puntería. Sin apuro de su parte, pude ver (ni de la mía) los dilemas de la joven que colmaba la demora de mi turno. No lograba terminar de decidirse. "¿Me lo corto?" Balbucía convicción, pero, después, se resistía. De seguido, repetía la pregunta. Sin hablar, el peluquero lo pesaba con la palma de su mano, lo movía como dándole caricias y, con sádica, reptil tranquilidad, la sazónaba con el tibio condimento de la duda. "¿De verdad? ¿Estás segura?" Pero, bien, sin levantar el garabato, -no te pierdas, por favor, de semejante personaje: mira todas sus maneras en presente- también dice "¿por qué no?", con un puchero levemente diagonal. Le mezcla todos

los mensajes en un sólo movimiento de cabeza. Resignamos un magnífico psicólogo por cada peluquero. Con seguros titubeos, ella daba, cada vez, una respuesta diferente. Con la magia de sus puntos suspensivos, él miraba los detalles del cabello bajo toda perspectiva. Lo doblaba por un lado, por el otro, ¡por el otro! como quien, a Sagitario, le tratara de buscar alternativas. Con examen de pintor, descomponía los mechones de manera que quedaran reflejados, con su sana plenitud, en el espejo - pero nunca terminante. Procuraba que luciera tan bonito como Dios lo permitiera, con el brillo recorriéndole los tonos. Y, de nuevo, le soplaba la pregunta. La muchacha, casi presa de sus años, precisaba sugerir, a pocas muecas del teatro, que, de golpe, se querría desdecir. Fingía súbitos impulsos por pararse del sillón, pero, lo mismo que devotos jugadores de casino, se quedaba. Con satánica bondad, el peluquero la sabía condoler. Sus relamidas comisuras no vivían del apuro. Son escuelas mucho menos ortodoxas, con exámenes profundamente prácticos: había -como Dios: ¡quién sabe donde!- no sin épicas hormonas, aprendido, con tranquila precisión, a detectar el intervalo sin retorno donde ya, con titubeos todavía, las personas no se van a detener. Arrepentirse, mucho menos. La paciencia de los burros hace lindas efemérides del tiempo.

-Ni siquiera dolería. Ya saltaste del caballo, ¿no lo sientes? Es inútil aferrarte de tu pelo. No le temas: el

colchón que te prometo justifica la caída. Si te marchas -y lo sé, por tu mirada- volverás mañana mismo. ¿Pedir número dos veces? ¿Para qué? Yo soy mayor, y no quisieras que te cuente de lo mucho que tendrás que desprenderte nada más en unos años. Hazme caso. Ve probando tus entrañas con un poco de cabello.

-Necesito conocer una tercera posición.

Era la mía: nadie más los escuchaba. Me miró por el espejo como dándome permiso de zanjar un ultimátum:

-Pinceladas fascinantes, todavía sin el marco, siguen siéndolo.

Sus ojos de leyenda parecieron estirarse. Con mayor facilidad, agazapados, entrarían por mis versos.

Bellísima calma. Salvaje señuelo. Su raza podría contar travesuras de Dios cuando niño. Desiertos nevados. Rocosas arrugas. Pequeños mamuts de mascota. Jesús intentó, muchas veces, nacer en el Asia profunda: jamás encontró quien quisiera matarlo. Moría de viejo. Guerreros pacíficos. Paz indomable. Serena crueldad: en sus ojos, miraban millones de siglos.

2

Cada santo con su credo

Navegamos la pradera, relajando la cintura con el vivo galopar de los caballos. Va ligera, como globo que flotara con un vínculo sutil sobre las olas. A su lado, mi postura nada más es chapoteo - con mochila. ¡Crines! ¡Taco! "¡Quiieeto!" ¡Cola! Voy tratando de buscar en sus rarísimas caderas -con el ojo racional del ingeniero del oeste- la ventaja que disculpe mi torpeza: ¿la rotunda fortaleza de su pelvis? ¿Su redondo movimiento? ¿La prensil musculatura de sus piernas? Al revés, con su mirada de cuchilla, me recorre, pero más en el conjunto. Su socorro viene dado por consejos:

-¿Has tenido que correr con armadura? Con su peso, los metales adelantan la caída de los pasos y, difícil, con el suelo tartamudo, se tropieza de continuo: la soltura se trastoca trabalenguas. Eso mismo le sucede, si lo montan, al caballo. Mucho más que peso muerto, sé vestido. Necesita que lo vayas ayudando, por momentos, apaisándole tu cuerpo con el suyo; por instantes, al revés: de contrapeso. Miras todo

demasiado, tus sentidos interfieren -todavía sin domar- con la pureza del instinto.

Prosiguió: "¡no te preocupes! Lo podemos resolver en un minuto." Me privó de los oídos con un casco que, prolija, relleno con una suave cantidad de pasto seco; me vendó con su pañuelo, controló que no quedaran ni minúsculos resquicios -al igual que los pequeños cuando juegan a la caza de ruidosos- y me dijo: "ya levanta la nariz ¡no tienes nada que temer! Nos encontramos a merced de campo limpio. Ya barrimos, del paisaje, la visión y los oídos. Yo no puedo regalártelo: precisas de tu parte. No lo vas a conseguir sin apagar el pensamiento. No la nubes con razones, ¡sólo deja que tu mente se conduzca por reflejos! Bien. Aflójate, cruzado, que, si no, seguramente te desnuques." Y sentí, por mis entrañas, la palmada que le dio, como fustazo por las ancas, al caballo.

Me restaban unos metros ¡unas sílabas! de vida. Pero -sirva de consuelo- no serían otra cosa que valientes. Sin embargo, con el paso de los vientos, comprobé que la carrera del galope concedía la razón a las palabras de mi madre: "sí señor. Vivir es duro. Pero lánzate sin miedo que morir es todavía más difícil." Instantáneas contracciones me lograron mantener, como la sal, en flotación. Y, de repente, la carrera se detuvo. Percibí, fantasmagórica, su voz: ¡nos encontrábamos de vuelta!

-Ya logramos que confiaras en los siglos del caballo, pero, más trascendental, en el talante del jinete. Sólo falta que confíes en mis manos. No preguntes tonterías, sólo déjate caer. Estoy aquí, para rezar y recibirte.

Putra madre. Me tragué los titubeos y, sin más, obedecí, con su pañuelo todavía derogándome los ojos. Me solté del equilibrio resbalándome del lomo (sin certezas) ni (quizás) vacilaciones. Me detuvo, con su pecho de colchón y con los brazos confesores, como quien me recibiera de campañas infinitas, vencedor de cuanta tribu se moviera por el Asia. De manera similar, algunas chicas le celebran a su novio toda clase de pequeñas estrofitas. Por detrás de los renglones, escuché, refunfuñando las palabras, una voz desconocida:

-Qué jinete de caída tan sencilla...

-De caída comprensible

corregí. Sentí su risa carrasposa como lija por la piel.

-¿Alguna vez te presentaron con los ojos -de las sienes a los pómulos- vendados? Me parece que mi padre te desea conocer.

Aún tenía la resaca del galope.

-Si tu voz es de princesa, ¿por qué no me lo figuro como rey?

Habló de nuevo:

-Ya quisiera que dejaran, por favor, de ser amigos.

Caracoles, ¡qué feliz ambigüedad!

-Con un poeta de su clase, nos sabremos entender,

y me deshice de la venda para ver unas benévolas facciones regordetas,

-Gengis Kan, pero, mejor, entre familia, Temuyín. No te compliques en mostrarte deslumbrado. Por favor, sé natural.

-Lo natural es que los ojos se deslumbren una vez que los destapas y también que, de seguido, ya no baste ni siquiera con el sol para cegarlos. Tú descuida, por lo tanto.

Se movió de la cuestión con elocuencia paternal:

-Está perfecto que te fíes del caballo, pero guárdate (lector) de delegar, en otros ojos, la tarea de mirar. A campo libre, sin obstáculos, no tienes otra carga que cuidarte de ti mismo. Sin embargo, la razón de los equinos, aneurónica, no llega más allá de sus orejas. No se fijan en la talla del jinete: sin querer hacerle daño, van y pasan por debajo de los árboles. O puertas. A propósito, la noche ya nos pisa los talones: si seguimos unos párrafos al sur, la de mi casa queda cerca.

Me tendió la cortesía de su mano. Se sirvió del apretón para -del modo que la grúa- levantarme de los brazos de su niña.

De camino, la princesa se nos puso, por la vía de las ancas, en el medio. Parecía repartirse. Cuando nada más habíamos andado quizás media cantimplora, casi lánguido, noté que Temuyín se nos quedaba rezagado. Deferente, procuré que mi caballo, todavía con el sur en las narices, redujera la distancia, pero ya cuando por fin nos alineábamos de nuevo se quedó como dejándome la punta - cosa rara, sobre todo proviniendo del mayor conquistador de las estepas: hoy los chinos por el mundo, más allá de lo que digan los demógrafos, son Gengis expandiéndose. Temí que se tratara de, tal vez, alguna prueba de respeto. Respetuoso, sin apuro que temer, fui más despacio todavía, pero, doblemente raro, sofrenó su segundero más aún. Ya los arbustos bostezaban. Los renglones agitaban el capote. Los bostezos se dormían. Parecíamos pisar una finísima laguna congelada, con los versos sujetándonos del norte. Las estrellas nos pasaron por encima. Los caballos se miraban, confundidos. El reloj se revisaba las agujas y la pluma me tendía su talento de muleta. De manera sucesiva, moderábamos la marcha. Vegetal, empantanábamos el tiempo propulsándonos a vela. Tan así que, de repente, nos quedamos detenidos. Velocímetros en cero. Los caballos no sabían si reírse de nosotros o llamar al curandero. La pradera salpicaba

su silencio con la pícara crocancia del cortejo de los bichos. Parecían un tic toc desordenado. Pero, nunca satisfechos, los artistas y los reyes no se saben comportar sin excederse: comenzamos a movernos en reversa, como quien rebobinara, capicúas, los caballos sollabac sol ,saúcipac ,aranibober neiuq omoc ,asrever ne sonrevom a somaznemoc :esredecxe nis

-¡Basta ya! (No conseguía reprender, pero trataba) No limites tu virtud a las palabras, que también en las acciones hay, a veces, poesía. Que mi padre se retrase significa que le gustas y que quiere que vayamos algo solos.

Desgranaba la ternura de su voz, para lanzárnosla:

-¡Son hombres! ¡No lo pueden ocultar!

Ya Temuyín nos escoltaba, varios metros por detrás. Habilidadoso punto muerto. No traición. Neutralidad. No retirada; pero casi. Los caballos atenuaban el paisaje con la calma de su paso. Caminaban a recreo. Distráidos, nos rozábamos, por culpa de la mástil amplitud de la montura, las rodillas. "Lo que vienes de sentir es similar a lo que suele suceder en las batallas. La penumbra de la noche se combina con el golpe de los cascos y los gritos y los cientos de caballos y terminan, los jinetes, combatiendo casi ciegos - casi sordos. Aturdidos, muchas veces, se caían sin ayuda de los golpes enemigos. Decidimos entrenar

las formaciones cancelando los sentidos y, muy pronto, descubrimos que no siempre nos son útiles. A veces, son estorbos”.

Es verdad. Así los músicos que tocan (si son músicos) mejor cuando no miran lo que tocan. Yo lo sé, que muchos versos emblemáticos ¡eternos! se cobraron machucones. Todavía quedan gasas en los marcos de las puertas.

-Me resulta sorprendente que la chica que dudaba con su pelo, sepa tanto de la guerra.

-¿De la guerra? Mucho más: de los sentidos.

Del futuro, comenzaron a llegar paradisíacos rumores y las hojas del otoño, recobrando su color, se levantaban a los árboles de nuevo.

Tambor y marcial. Imposible no verla con ojos rendidos. Hormonas y cuello. Tensión, ¡pulsaciones! Retazos de piel adornaban, por dentro, sus raras polleras de cuero. ¡Qué fácil latir, corazón! La pradera trataba de no separarnos: ataba las sendas, en una. Salvaje de mí. Los lectores ateos podrán sospechar, meramente, de Dios, pero, bien, no resulta posible negar los milagros.

3

Sinfonía

Majestad, en su pezón.

Si lo pensamos, como pueblo de jinetes, deberían ser un poco más livianos. Sin embargo, los mogoles son bastante más robustos que los chinos. Al guerrero no le basta la cintura de llanero: necesita de dos hombros con espalda de soldado. Piel bellísima, con rudas cicatrices. No decidas hasta verlas con tus ojos: es en esta comisura de sus ágiles caderas y sus torsos corpulentos que fascinan las mogolas.

Aprendí que los arqueros -no podría sospecharse lo que guardan sus alforjas- saben mucho más del hombre que del arte de la guerra. Similar al escritor, que no tan sólo de las letras: de la vida, sobre todo.

-¡Profesor! ¿Nos dice cómo se conquistan las ciudades con muralla?

preguntaban los pequeños.

-Desde vísceras adentro. Lo más pútrido del hombre corre justo por allí. Si se prometen resistir hasta las últimas, macabras ¡dolorosas! consecuencias,

en verdad es hasta no tener comida. Consecuencia dolorosa si las hay. Después, es sólo permitirles que se maten entre sí. Por lo común, el hambre viene con colmillos. Además, una muralla significa pernoctar en posiciones defensivas. (Adelantan la molicie del sepelio). Mantener las posiciones defensivas significa que "no puedes" atacar y "no poder", en muchos círculos, se suele confundir con "ya no puedo".

Los pequeños, con los ojos concentrados, anotaban las palabras del mentor en la memoria.

-Las murallas, ciertamente, son un cúmulo mortal de desventajas. Tanto más cuanto que portan, en sí mismas, una rara paradoja: se levantan con afán de separar, pero terminan siendo puntos de contacto. Si los reyes las pretenden defender, es necesario que dispongan centinelas a su largo, pero, justo con mandarlos a cubrir la posición, les dan el medio de poder, sin más esfuerzo, ¡con un paso!, desertar al enemigo - que no debe sino, sólo, procurar hacerse fama de que sabe recibir, a los hambrientos y traidores, en banquete.

No le quise preguntar si las fronteras hacen algo parecido con los hombres.

En su sólo personaje se podrían resumir las diferencias del cacique con el César. Al sonido del sopapo que pegó, sin condiciones, en la tela -vastos brazos que quedaron, un segundo, desplegados como

fauces- vi salir a Temuyín, con las mejillas ofuscadas del imberbe, como quien huyera, brusco, de sí mismo. Los ministros se quedaron en la carpa.

-Necesito devolver mis pensamientos al origen, otra vez. Como los niños, ¡a lo simple! Tantas idas y venidas te terminan confundiendo.

-Ciertamente. Si no saben terminar, los parlamentos desvarían. Allí líder es quien sabe retomar los fundamentos comprobados o romper la trabazón con una vuelta sorprendente, perspicaz y creativa. Te competen los extremos: no salirte de lo simple, pero, claro, con apenas un relámpago de luces, descollar. En lo del medio, bate círculos el resto. Dios conoce los caminos, pero tú tienes el látigo del mando. Cuando pidas opiniones, ten cuidado: yo conozco de qué modo se comportan las palabras. Es posible responder con la verdad ¡o la razón! y, bajo todos los escrúpulos, estar equivocado. Lucidez de pensamiento no te da la garantía de consejos acertados.

-Mis oídos necesitan de bellísimos compases. ¡Imagina que morí! Se me secaron las neuronas y mis propios versos fúnebres, amigo, les vendrían como música.

Las águilas, encima de nosotros, agrandaban el control del horizonte, más pesadas que ladrillos. El sonido de sus alas remontando me llevó, con los recuerdos, a las calles de Kampala. Cuando, presa de tus

tímpanos, escuches que le pegan, a la bóveda del cielo, con zanjires (el zanjir es un penoso, lastimero ramillete de cadenas iraní) sólo levanta la cabeza para darte por enano con el vuelo del horrible marabú, desconcertante criatura color sombra, pterodáctilo con plumas, demoníaca victoria, fantasmal alegoría, belcebú, macabro tótem volador; calvicie llena de verrugas, entretez, perturbadora fealdad, inexplicable desatino del Señor cuyo pescuezo fracturado se remata con un pico tan siniestro que parece que los pájaros que surcan los infiernos han salido por alguno de los caños y no saben regresar. Cigüeñas no de las que traen, sino, bien, de las que llevan. No mascotas del demonio: con demonios de mascota.

Ten agallas: imagínate las vastas avenidas africanas, entreverdes, asincrónicas, con tierra (no con polvo) levantada por el sol y con jardines imposibles de copiar en otros climas, ¡con semáforos! seguro, varios más de los que muchos pensarían y, tapando los motores, el tronante recorrido de las alas con su pájaro soberbio que, por más que cante mal, nadie le dice que se calle. ¿Con sus ojos a merced, insostenibles? Antes bien, te pincharías los oídos.

Levantándole los míos, vi volar, a contraluz, otra silueta que me trajo, de los versos, a Mongolia. Desplegada majestad. Pasó su sombra por mi rostro. Sol de nuevo. La princesa, con el codo separado, le dio

pista. De la panza, bajó tren. Aterrizaje. Se prendió del antebrazo (tiene mucho más de tigre que de pájaro), vibró como purgándose las plumas y, tan niña como todos, de seguido, se metió por los rincones de su red, acurrucada. Milenario mestizaje. Pedigrí de cordillera. Resistencia de montaña. La comprendo, ¡cómo no! si, para mí, quizás ha sido la más dulce telaraña. Brazo fuerte de sostén y, la ternura de su pecho, de cojín.

4

Leer en Braille

No se trata de querer. Es una orden.

Hay dos formas de sumarle percepción a los sentidos: por un lado, cocinándolos a todos a la vez, sin distraerte con recetas. Sal ajíes y tentáculos, al rumbo. Por el otro, cancelándolos a todos menos uno, como quien deshilachara, miel a miel, sus pormenores. Es la misma diferencia que separa, con tajante distinción, a las orquestas de los solos. La primera, la traemos aprendida. Descontrol a rajatabla. La segunda, la debemos aprender de los mejores.

-Si visitas occidente, ¿dejarás que te devuelva la merced hospitalaria?

-Maldición. ¿No lo consigo todavía?

Me borró los pensamientos con la cálida caricia que pasó sobre mi frente. Mojó huevos -que son óvulos- en leche de camello. No faltaron tulipanes ni subtítulos de pétalos carnosos. Su vigor era difícil. Inclemente, pero límpido. Flagrante, como todo juvenil ensañamiento. Suavidad y malabares. Lo más

rojo de la lengua, sin decir malas palabras. Inocencia, con artísticos desvíos. Es, amén de los kilómetros, el mundo que separa, de los cálidos abrigos de su tienda, la turbada desmesura tan común en la región del Amazonas: hay algunas de sus tribus, por ejemplo, que, según el colorido de la luna, se desvelan y consumen una droga de raíz pulverizada que permite mantener, durante largas erecciones, largas horas. No fantásticos excesos: cavernícolas desmanes. En salvaje saturnalia de toditos contra todos -no conocen otra forma- se conciben embarazos y, después, como los gatos, que se crían en oriundo comunismo, sólo tienen la certeza de su madre.

De común, el té se puede preparar de dos maneras diferentes. Opción uno: colocar en la tetera tantas hojas como vayas a tomar y recargarla cada vez que se vacíe. Como sólo pones agua, su sabor, como la lástima, se va desvaneciendo. De contrario: no poner sino las hojas necesarias para, sólo, disfrutar de la primera voladura de sabor y renovarlas otra vez en cada taza. Por supuesto, su manera de servir era, sin vil tacañería, la segunda. Corazones aristócratas renuevan; no recargan.

La súbita calma que deja beber como quien sorbe tazas el grato sudor cuando colma los suaves hoyuelos que labran la parte dorsal de la pelvis - la parte más linda del cuerpo. Brocados y muslos. Y yo que pensaba

que todo lo grande de cada destino llegaba con letras. Cojín y rodillas. El sólo bemol de "¿seré tan dichoso de nuevo?" De todas maneras, un aria que tiene tan sólo mayores se torna, de prisa, pelele. Burbujas y shisha.

Reiniciar el corazón -echar de más- con una dosis de sus raras feromonas salpicando los pulmones:

Que, bien, penetrando Mongolia, cambiando de piel o, sin más, olvidando, mis versos logran dejar de pensar en la china profunda.

5

Lacrimosa

Por un tiempo, terminal.

La forma física confunde. ¿Son, las águilas, las alas o las garras? Cuando duermen abrazadas, ¿se convierten en gallinas? ¿Se consigue que se queden convirtiéndolas en pollos? ¿O son ellas las que vuelan, por el ancho de los cielos, en la búsqueda de nidos donde puedan , nada más, acurrucarse? Los he visto por igual, y los batidos del pesado marabú (que come ranas y flamingos) no compiten con el grácil patinaje sobre cielo de las águilas mogolas. Los lugares, o son rutas, o son estacionamientos. ¿Es bastante que te gusten o precisas, además, estar contento de quedarte?

Todavía sin marcharme -¡días antes de partir!- echaba todo (corazón, conversaciones y volúmenes) de menos. Es, en mucho, similar a los velorios pero menos perdonable, porque nadie se murió - quizás el único pretexto convincente. Si te marchas con los pies es, casi siempre, porque quieres. Singulares paradojas: a la vez que las intentas abreviar, hay despedidas que quisieras que duraran para siempre.

Sin embargo, con la misma decisión de separarse, ya se tiene, según dicen, un consuelo: todavía no lo puedes comprender, pero "por algo" no quisieron agotar alternativas. Más allá de los ungüentos de rigor, estaba triste. Con la pluma, diseñé filosofía -como quien se pone redes al saltar por los trapecios- y mi luto se calmó cuando me dije que las almas van saltando por los cuerpos -de los unos a los otros y los otros a los unos- y que siempre son las mismas que se van enamorando, de manera repetida, testarudas, entre sí. Cambiar el rostro, nada más, es un pretexto para vernos y vivirnos bajo luces diferentes. Ya mi yo, con otra carne de vestido, sin saberlo, fue, quizás, aquél muchacho cuyos ojos se pegaron a los ojos que, después, no lograrían despegarse de los míos. Yo fui todos; ¡también ella! Lo mejor: seremos siempre. La miré ¿como pidiéndole perdón? Hasta la vista. Me sabrás reconocer por las hormonas. No le temas al amor. Ya siglos antes de ser únicos en China, nos habíamos mirado muchas veces. Volveré con otra flor para tus manos. El semáforo cambió, tranquilamente, de color. Crucé la calle, con los versos en mis pasos. El arranque de su coche se mezcló con los demás. Amanecer. Olor a Lhasa. Ya tenía mi pasaje. La maleta tarareaba con su ronca vocecita. Nunca más hablé, después, con una chica, sin la risa del reencuentro. "Tú no llegas a mi vida." ¡Tengo tanto que contarte! "Tú regresas." No descartes la locura. Precisé del peluquero

nuevamente, pero no me las corté: las crines arden y los versos que le sientan a mi pluma, son de fuego. Fue fantástico ¡divino! que crecieran, pero ¿ya, quedarme calvo? La locura fue la forma de marcharme sin que nada se termine.

Más aún, este pretexto lo podríamos seguir aminorando sin temor a reducirnos al absurdo (ve los raros ejercicios permitidos por la lengua): que rondara por el mundo, nada más, una pareja de dos almas que se tocan cada vez que dos amantes están juntos.

Todavía lo podemos extremar a que, tal vez, somos un alma solamente que, con tal de ser indócil y de no sentirse sola, se divide sobre cada corazón y, como quien se despachara, bajo todos los seudónimos, postales a sí misma, con los ojos en mis versos, no leyeras sino sólo las palabras que tu propia medicina ¡que tu mano! te dejara por escrito, sin saberlo.

No te prives de decírtelo. También, algunas veces, maldecir es una linda bendición.

6

Alakhai Bekhi*La princesa*

No pusiste la carnada. La carnada, mucho más, pareces tú. Desde pequeña, me sorprende la simpleza de los ciervos. Hoy la puedo comprender. Me cortaría la muñeca para no pasar la página. ¿Conoces tu sabor? Delicia pírrica. Manjar, en acuarela. Cobras caro lo que pagas. El flechazo del amor es literal: si no te matan, los flechazos te lastiman. ¿Pagas caro lo que cobras? Mi caricia fue, por poco, bofetada. Por supuesto, tus poemas no podían concluir con el más grande general del que se tenga biografía. Necesitas que no mueran en los otros o, mejor, que tus palabras inauguren, como Dios, la poesía. Que las artes den a luz en la leyenda de tu pluma. ¡Santo cielo! ¡Vaya forma de locura! Necesitas escribir, sin miramientos, el papel, de la manera que los hombres necesitan acostarse con las chicas, que, si no, se van creyendo que jamás han existido. Pero logras, en tu lírica, lo mismo que consigue que las damas no descarten, de sus sueños, a los chicos inmaduros.

Yo lo sé. Lo sabe Dios. Eres mejor que los profetas verdaderos. Me sabré recuperar. Hasta los cráteres, hundidos, cicatrizan su primera superficie con follaje - pero ¿deben renunciar a ser montaña? Te pudiste comprender con la locura de mi padre porque tienen un prurito parecido: someter. Si no con flechas, con palabras. Anteponen la conquista (mucho menos capital) a sus anhelos y no puede sorprenderme que te vayas: si llegaste fue, también, por eso mismo. Como pasa con cualquiera de las otras religiones, al costado de la dicha, preceptúas abstinencia. No concibes paraíso sin un terco vía crucis. Te proteges en tu cáscara sagrada: "los caminos". Te dispensas las caricias y mis dedos nunca llegan. Como tú, que tiras besos a la luna. ¿Los recibe? Por enfrente que se tengan, nada más, tus ojos ven en lontananza. Tan profundas como nadie, tu calor hecha raíces - y no brota.

Más temprano, según dicen, o más tarde, las murallas se superan. Pero tú que, sin quedarte, no te tornas pasajero, permaneces. Te podré culpar de todo, pero no de ser un tibio cuentagotas. Al subir a la montaña, me dijiste "los caballos necesitan descansar" y caminamos, muchas horas, a la cima. "¿Que querías que llegara con los pies entumecidos?!" Te salvaste de mis botas solamente por habérmelas quitado. Por entonces, cada truco terminaba con indómitas mercedes. "Es así que se disfruta del descanso", respondiste. Todavía me parece suspirar con tus masajes infinitos en los pies. La

cordillera parecía derretirse. Qué sencillo que resulta confundirte con la suerte.

De la clase que se fuga de las manos. Un ministro sugirió que te pidiéramos narrar nuestras campañas, y mi padre se negó rotundamente: “si tú fueras un poeta megalómano, ¿querrías escribir de narraciones preforjadas? ¡Imagínate! Jamás, los escritores que se precian. ¡Mucho menos se declaran sus autores! Este género, lo saben, se conforma de las obras de terceros - no podría, por orgullo, suscribir nuestras historias con su nombre”.

Cada rey con su corona. Son amigos, porque luchan en terrenos diferentes, pero sabe Dios qué clase de batalla librarían si jugaran, él a ser -como los dioses- escritor, o tú caudillo. Sobre todo, con política de campos arrasados: cada verso lleva pólvora, con claras intenciones de zanjar, con majestuosas explosiones, lo que pronto llamarán literatura. Cada pluma con su loco. ¡Más aún!, originar, directamente, la mirada del arte de las letras. Cada loco con su reino. Tus intentos se perdonan justamente porque son un imposible. ¿Qué poeta no comete desatinos? ¿Qué princesa? Cada noble con su sino. Te perdono que te vayas, además, por la rarísima demencia del que porta, como beso de las Náyades, el virus contagioso del destino.

El coeficiente intelectual de las personas, que venía en aumento desde que se llevan registros, ha comenzado a disminuir desde hace unos veinte años. Según los expertos, una de las principales causas de este fenómeno es el empobrecimiento del lenguaje. De manera relacionada, hay estudios que demuestran que gran parte de la violencia intra familiar y pública proviene de la incapacidad de expresar emociones y elaborar pensamientos complejos.

PALABRART te invita a continuar leyendo textos desafiantes, sean de esta o de cualquier otra editorial.